

El croto:
militancia
trashumante

y otros textos

Sobre vagabundos ácratas
en el sur de América

Editado e impreso por Reconstruir Editorial, funcionando fuera del local de la FLA.

Comentarios, insultos y consultas pueden dirigirse a:
flaasambleapermanente@gmail.com

Reconstruir Editorial forma parte de la Federación Libertaria Argentina
http://www.federacionlibertaria.org

Mayo de 2012

Cualquier reproducción, por cualquier medio, está permitida y alentada.

Diseño de tapa y edición de fotos : LIX



Estación Constitución
Buenos Aires
2012

Índice

Los crotos: La militancia trashumante	Alicia Maguid	4
El Linghera	Rodolfo Gonzales Pacheco	29
La Busqueda (Relato Croto)	Angel Borda	31
Linyera y Carcajadas (Poemas)	Pedro Godoy	37
Defensa de los lingheras (documentos)		40
Acerca de los colaboradores en este número		43
Vocabulario Crotil		44
El vagón I (Relato Croto)	Angel Borda	46
El Vagon II		49
Carta de Angel Borda a Bepo		55
El último carguero	Hugo Nario	56
Lecturas relacionadas con el crotaje, vagabundeo...		61

Acerca de la siguiente reproducción...

Crotos, vagabundos, errantes, viajeros, exploradores naturales y sociales, curiosos, aventureros, gente que se aburría en ciertas tierras y decidía conocer otras. Estas figuras siempre despertaron en mí cierto entusiasmo que me llevó, con el correr del tiempo, a verme envuelto en situaciones poco habituales para mi vida sedentaria y a encontrar nuevas e increíbles experiencias en diversos lugares.

En la búsqueda, a veces involuntaria de comentarios, notas, registros sobre el mundo de los crotos, cierto día tropecé en el archivo de la FLA con una serie de revistas sobre cuestiones sociales en América Latina. En una de ellas Alicia Maguid aborda de manera muy simple la militancia trashumante de los crotos. Con los días y lecturas sobre el tema observé que esta nota fue fuente de investigación de otros trabajos y reconocida por quienes han tratado el tema en diferentes publicaciones, artículos y libros.

La siguiente reproducción de la revista Mundo Nuevo N° 44 editada en París en febrero de 1970, aborda las costumbres, códigos y habla marginal de aquellos que, en los primeros 30 años del siglo XX, fueron trabajadores "golondrinas" levantando cosechas de un campo y de otro. Retrata las historias de hombres condenados a ese vagar para escapar de la miseria y también las de aquellos que tomaron ese vagar como un estilo de vida, apropiándose de su libertad, desprendiéndose de todo lo material, estable y seguro, llevando en su mono el espíritu divulgador de las ideas libertarias a cualquier punto geográfico donde el tren o sus piernas los alcanzara.

A la reproducción del trabajo de Maguid se le suman una serie de notas, fotos y fragmentos de otros libros que acompañan el tema.

Por último, queda agradecer a los compañeros / as que han compartido su tiempo, sus impresiones y su entusiasmo en los momentos en que este se me escapaba.

El Croto: Militancia trashumante

En la primera década del siglo, y con mayor intensidad después de 1914, la Argentina fue escenario de un fenómeno que si bien puede encontrar equivalencia en otros países del globo, asumió características peculiares y únicas por su magnitud y trascendencia histórico-social.

Centenares de hombres recorrían el país encaramados en los vagones de los trenes cargueros cuando el trazado de las vías coincidía con su itinerario, o cubriendo a pie los trechos que el progreso había olvidado. Llevaban como único equipaje un atado al hombro -lo llamaban “el mono”- y les alcanzaba para guardar consigo todos los recortes de su historia personal, que tomaba la forma de un mate, una cacerola, una manta y libros, muchos libros y panfletos para “hacer la propaganda”.

Buscaban trabajo y para encontrarlo los kilómetros argentinos les resultaban cortos. Para sobrevivir contaban con una única y poco cotizada herencia: su fuerza de trabajo. La ofrecían donde se podía y para lo que fuera, la cosecha fina o la gruesa de acuerdo a la época agrícola, la estiba en los puertos o en las estaciones ferroviarias, el hachado en los obrajes o el trabajo industrial en las ciudades.

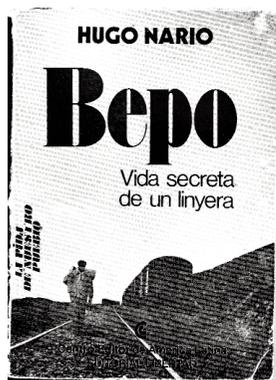
Se los veía solitarios o en pequeños grupos bajo los puentes, en las alcantarillas, al borde de un arroyo o de un río cuando el paisaje era generoso con ellos o simplemente al costado de las vías, infinitas como sus vidas. Pero siempre, cualquiera fuera la forma que asumiera la geografía, estos hombres se erigían como un símbolo de rebeldía frente a la organizada sociedad establecida, que sustentaba sus pilares en la integración funcional de los hombres y las instituciones al sistema.

Se habían constituido sin quererlo en un forúnculo denunciante de desigualdades, injusticias y subdesarrollo.

Dejaban las ciudades, los pueblos, con todo lo que ellos significan, familia, amigos, monotonía, mediocridad, para recorrer libres caminos que cruzaban La Pampa, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos, Corrientes,

Lecturas relacionadas con el crotaje, vagabundeo ...

La Carta gaucha, Luis Woollands (Juan Crusao).
Bepo, Vida secreta de un linyera, Hugo Nario. C.E.Am.Lat.
Los desplazados, George Orwell. Editorial Kraft.
Perfil de un Libertario, Angel Borda. Editorial Proyección.
En Pampa y la Via, Osvaldo Baigorria. Editorial Perfil.
Los Crotos, Todo es Historia. Julio 1980 n°158, Hugo Nario.
El atorrante, E.M: Suarez Danero (colección la historia popular).
Que vivan los crotos, (Videoteca FLA), Ana Poliak.
Todos los crotos van al paraíso, Hector Pavon Clarin 2 abril 1995, Bs.As
Recuerdos de un militante anarquista, Hector Woollands.
On the Road, Jack Kerouac.
El pan nuestro, Gaston Gori.
Los vagabundos, Máximo Gorki.
Carteles, Gonzalez Pacheco.
Impresiones de la intemperie, Revista El porteño abril 2002, Bs.As.
El nomadismo, Vagabundeos iniciáticos, Michel Maffesoli.
Goliardo, los intelectuales en la edad media, Le Goff.
Diogenes Laertes, vida secreta de los filosofos, Libro sexto, Antístenes.
Cinismos, Michel Onfray.
Memorias de un luchador social, Lauriano Riera Diaz. 1979
Las ideas libertarias y la cuestión social en el tango, Javier Campo
El vaso de leche, Cuento de Manuel Rojas
Documental de Canal a (Bs.As), Navegantes de la Tierra; trenes, pueblos y linyeras (Videoteca FLA)
Los anarquistas expropiadores y otros, Osvaldo Bayer. Tierra del Sur www.crotoslibres.com
El errante del anarquismo, Víctor García, Nervinson Machado, (El Libertario Año 8 n° 39, Caracas)
Diogenes y el Linyera, Tabaré y Guinzburg, (contratapa Diario Clarín, Bs.As.)



José Americo Ghezzi, Bepo, fue un compañero nacido en Tandil en 1912, que militó en el anarquismo y entre 1929 y 1954, fue linyera o croto en los trenes cargueros de la República. El autor de este artículo escribió el libro “Bepo vida secreta de un linyera”, que inspiró el film “Que vivan los crotos”, dirigida por Ana Poliak, y fue protagonizada por el mismo Bepo. Murio el 26 de febrero de 1999 en su pueblo natal.

Hugo Nario: Escritor Bonaerense y periodista por más de 30 años en Tandil. Sus obras, resumen de la historia política social y política del sudeste bonaerense; “Tata Dios”, “Bepo, vida secreta de un linyera”.



Bepo, presentando su libro de croteadas, en la FLA

Santiago del Estero, Chaco, Tucumán y muchas veces hasta la Patagonia.

Había entre ellos diferencias marcadas en cuanto a las motivaciones que los habían empujado a hacer esa vida; allí estaban desde los que tenían como único objetivo la ocupación de su fuerza de trabajo, productos directos de la desocupación de la época, hasta los que conscientes de su papel histórico elegían la marginalidad como modo de vida, como filosofía existencial. Ese automarginarse voluntario respondía a una postura radical de oposición al sistema, que se traducía no sólo en la no integración, en sobrevivir con la mínima participación necesaria en lo que consideraban -la explotación del hombre por el hombre-, sino también -y he aquí su valor como compromiso- en la oposición activa y creadora al statu quo.

Pero cualquiera fuera su carácter, una denominación común los unía: eran los “crotos”.



El apelativo de “croto” reemplazó al antiguo de “Linyera” - éste provenía del italiano “linghera”, que significaba atado - y comenzó a popularizarse a partir del año 1921. Existen distintas interpretaciones con respecto al origen del adjetivo para señalar a los trabajadores golondrinas o linyeras, pero en todas ellas se lo vincula a José Camilo Crotto, dirigente de la Unión Cívica Radical, que fue senador nacional por la provincia de Buenos Aires entre 1912 y 1917 y gobernador de dicha provincia desde 1918 hasta 1921.

Por un lado, se sostiene que la palabra “crotos” comenzó a usarse a raíz de que el gobernador homónimo dio un permiso para que los linyeras viajaran gratis en los ferrocarriles en la jurisdicción de su provincia; por otro se adjudica su nacimiento a una caricatura aparecida en la popular revista *Caras y Caretas* del 26 de febrero de 1921, en la que se muestra a un linyera detenido por la policía y al gobernador Crotto que lo mira y dice: “Ese va como yo, entre dos ministros”.

Si el origen de la palabra “croto” es confuso. Su aplicación en la actualidad trasunta, por su intención peyorativa, un desconocimiento profundo,

fruto seguramente de la escasez de información periodística y literaria sobre el fenómeno del “crotaje”.

En esta nota nos proponemos contribuir a comprender en sus verdaderas dimensiones, y para ello comenzaremos por ubicar al crotaje en el espacio y el tiempo.

Situación socioeconómica de la Argentina

Es imposible explicarse la existencia de los crotos como fenómeno de una etapa de nuestro país sin analizar la estructura económica de la misma ya que ésta será una de las variables más significativas que actuará constantemente en el surgimiento, desarrollo y extinción del crotaje.

El ciclo histórico que protagonizaron estos trabajadores golondrinas se desarrolló y cumplió todas sus etapas, desde su apogeo hasta su muerte, dentro del marco económico que Aldo Ferrer denominó ampulosamente como “la etapa de la economía primaria agro exportadora”. La misma se ubica cronológicamente entre 1860 y 1930, año clave tanto para el desarrollo Industrial argentino como para la política económica Internacional.

La caracterización de este período se centra en dos factores: la expansión e integración creciente de la economía mundial y la gran extensión de tierras fértiles, poco pobladas, en la zona pampeana. Ambos factores coadyudaron para inaugurar esta etapa en que la producción agropecuaria se convierte en el sector más importante de la economía nacional y la exportación de productos agropecuarios en el principal factor de dependencia que entroncaba nuestro destino al de la economía mundial, y particularmente a la británica.

La incorporación de nuestro país en calidad de productor y exportador de materias primas, y por ende su desarrollo dependiente, se canalizó por tres vías principales: el movimiento internacional de capitales que se manifestó en inversiones a través de empréstitos o construcción de líneas férreas, el crecimiento del comercio internacional y las corrientes migratorias. La expansión del movimiento internacional de capitales a partir de la segunda mitad del siglo XIX se produjo como consecuencia del proceso de industrialización de los países europeos, que al concentrar sus esfuerzos en

Pero nunca se lucha con éxito sino se identifica al enemigo. Los virtuosos suponen que el Enemigo es el Pecado. Los creyentes, el Demonio. Los luchadores sociales, la Injusticia Económica, Los líderes, la Esclavitud. Los maestros, la Ignorancia. Los sabios, la Soberbia.

Sólo el asceta, aquel que diseca su vida en el Desierto amansando apetitos como si fueran fieras, sabe que el único enemigo de la Libertad es Uno Mismo. A mí me parece que ese pudo ser el sentido que le dio Bepo a la Libertad, porque cuando escuchaba a Atahualpa:

Me gusta de vez en cuando
perderme en un bordoneo
porque bordoneando veo
que ni yo mismo me mando

se quedaba ensimismado, masticando la estrofa en silencio como si fuese pan.

Hugo Nario
El Libertario N°44 abril/mayo 1999

resguardaba en una caja de lata de dulce de membrillo. En la bagayera de su corazón, liviana de avíos, conservaba celosamente su Dignidad. Y la protegió, seca, intacta y sin dobleces, hasta el final de sus días.

¿Cómo vivía el anarquismo? Me pareció que mucho más como un sentimiento que como una idea, porque nunca le escuché edificar utopías, pero creía a pie juntillas en la bondad humana y en la justicia.

Cuando recordaba sus años de militante, lo que emergía de él era la visión de los amigos que había enhebrado: Enrique Palazzo, el Nano Quesada, Juanita y Menchu, el inefable Pedrito Yatauro, El paisano Borda, Héctor Woollands, Grunfeld, Lunazzi, Maguid, Bartolo, Magdalena. En cambio, sin ignorarlos ni negar que en su juventud había frecuentado sus lecturas, nunca citaba a Malatesta, a Bakunin, a Kropotkin, ni a Faure, porque sus contenidos se habían metabolizado en sentimientos más que en pensamientos; y en conductas más que en juicios académicos.

Por eso, con esa maestría que se acendra cursando la vida en soledad, prefería explicar cómo se encendía un fueguito con ramas mojadas; y no sobre cuáles pilares se edificaría la sociedad justiciera de ese futuro que soñó con sus compañeros de militancia.

Las pruebas que el frío, el hambre y el miedo le hicieron atravesar en sus veinticinco años de crotos no le habían inferido un sola cicatriz de rencor social por la pobreza que sufriera y la austeridad monarcal en que vivió hasta su muerte, sino la plenitud del guerrero que en reposo enumera heridas como si fueran medallas.

Cierta vez, en una conferencia, una adolescente le preguntó si después de dejar la vía, había seguido soñando:

-Mira, querida: poco. Es poco lo que sueño. Pero cuando sueño, sueño que ando crotiando ¿Viste, vos? Y sueño que soy feliz.

En las moscas, Jean-Paul Sartre hace decir a una de las divinidades olímpicas que protagonizan su drama: “los dioses compartimos un terrible secreto: los hombres son libres y no lo saben”

No saberse libre puede ser la peor de las cegueras humanas. Morir sin haber buscado la libertad es la claudicación al derecho de haber nacido.

la producción de manufacturas dirigieron su atención hacia aquellos países periféricos que por sus riquezas naturales y bajo costo de producción les posibilitaban no sólo la obtención de materias primas y productos agropecuarios en condiciones más económicas de las que podían producir internamente, sino la colocación de sus productos elaborados en mercados en los que la ausencia de diversificación productiva aseguraba la demanda de bienes manufacturados.

El ferrocarril, decorado indispensable para la puesta en escena de nuestros crotos, fue el instrumento predilecto de la política agro-exportadora para garantizar el desarrollo de determinadas zonas como la del litoral y pampeana y la hipertrofia de otras, poco significativas para sus fines.

El tercer factor señalado para completar el cuadro del proceso de la integración de la economía mundial, las corrientes migratorias, jugaron un papel protagónico no solo para posibilitar la expansión de la producción agropecuaria, sino - y ésta es su peculiaridad - como importadoras y promotoras de los primeros movimientos de reivindicación de la clase obrera.

La atracción de brazos del exterior aparecía para las élites dirigentes no sólo como el medio indispensable para poblar y hacer producir al país dado la escasez de mano de obra local, sino también para modernizarlo de acuerdo a las pautas culturales y económicas europeas.

Pero estos “ideales de progreso” de la generación del 37, y en mayor medida las esperanzas de “hacer la América” de los contingentes de inmigrantes, se desmoronaron bruscamente al enfrentarse con nuestro rígido régimen de tenencia de la tierra.

La estructura de la propiedad de la tierra en pocas manos data en nuestro país de sus orígenes, acentuándose con las campañas de extensión de las fronteras acompañadas por la apropiación de grandes extensiones y fomentada por la política de sus gobiernos. Es así que ya cuando comienzan a llegar los primeros inmigrantes las mejores tierras están ocupadas, obstaculizándose desde un principio el acceso a la propiedad de la tierra y ofreciéndose como únicas alternativas, la radicación en las ciudades o el trabajo en el campo como arrendatarios o peones en pésimas condiciones contractuales.

La magnitud de la expansión agropecuaria en ese período, así como las características que lo enmarcaron, posibilitó el surgimiento de grandes cantidades de trabajadores golondrinas, migrando a lo largo de nuestro agro, cuya explotación por parte de la clase propietaria se vio favorecida con la utilización de esta mano de obra barata por su falta de calificación y por su transitoriedad, atributos que permitían a los empleadores fijar los términos contractuales en su total beneficio.

Por tanto la falta de acceso a la propiedad de la tierra comprimió el nivel de remuneraciones de los trabajadores agrícolas e indirectamente el de los obreros urbanos. Por un lado, aumentó la oferta de mano de obra disponible para los empleos urbanos, que operó deprimiendo el nivel de salarios, y por otro, fijó como alternativa un bajísimo nivel de remuneraciones en las actividades rurales. El efecto inmediato de la presión de la mano de obra en las ciudades fue un aumento en la proporción de desocupados de la fuerza de trabajo total.

En 1913, año en que las exportaciones estaban a altos niveles, la desocupación representaba, sin embargo, una proporción importante que superaba el 5 por ciento. El desempleo alcanzó su valor más elevado en el período de la primera guerra mundial llegando a superar el 20 por ciento de la fuerza de trabajo.

Los altibajos en el nivel de empleo se correlacionan con las distintas etapas del fenómeno de migraciones internas que protagonizaron los crotos.

Orígenes y antepasados de los crotos

El origen histórico del crotito se bifurca en varias líneas que nos remontan, por un lado, al gaucho como representante máximo del andar peregrino, libre y solitario que pretende ignorar fronteras y leyes impuestas por los civilizadores de levita y, por otro, a numerosos inmigrantes que al encontrar dificultades en nuestro suelo para integrarse sedentariamente, elegían el camino del andar permanente, sin más, ataduras que las que les imponían, inevitablemente, las leyes de la supervivencia.

Esa relación tuvo un pretexto: el de contar en su libro su historia de vagabundo. En un año, los apuntes, las charlas y preguntas quedaron redondeadas. En otro año más, el libro comenzó a tomar forma. Debí esperar diez años para verse editado. Periódicamente volvimos sobre él y nunca resultaron extrañas las tardes en que Bepo recordara una anécdota no evocada hasta ese momento, un aprendizaje o un modo omitido de andar en la vía. Pero ya nuestra identificación mutua era indestructible. y la maravilla fue conocerlo, escucharlo, tratarlo, quererlo, cuidarlo, compartir la yerba y su silencio.

La vanidad de editar ya ha cobrado lo suyo y se lo gastó. El ego, en cambio, no pudo crecer ni un jeme, (la segunda edición se llevó la ganancia de la primera, y la de aquella, la hiperinflación y un churrasco que compartimos con un par de amigos)

El primer borrador llegó a manos de los amigos de la FLA, y luego de leerlo, se sorprendieron:

- Bepo, ¡nunca nos habías contado estas historias de tu vida! - le reprochó dulcemente Enrique Palazzo.

- Ustedes no me preguntaban - dijo, y cambió de tema.

¿Se hubiera hecho anarquista de no haber conocido al “gallego” Jesús Losada en su Movediza natal?” “El fue mi maestro de lecturas”, reconoció.

En 1935, en la cantera La Movediza, las ideologías hervían como en un polvorín. ¿Hubiera salido a crotar si, “aburguesadamente”, la cantera le hubiera asegurado un puesto de trabajo, la sociedad un espacio y el amor una compañera?

Bepo no se trepó a la vida de linye y se fue a la vía para hundirse en la soledad y el olvido, sino para comprobar si la Vida en Libertad era posible. No sé si concientemente se lo preguntó. Tampoco podría decir, si al final, creyó haber hallado respuesta. Su vida corrió, subió y bajó de los cargueros, franqueó las vías, y en las ranchadas “yerbió”, esperó, se mojó, pasó hambre, tuvo miedo y permaneció en silencio. Hizo amistades que duraron solo dos estaciones ferroviarias. Luego cada cual volvió a su mundo y a su intimidad. Quizás eso haya sido todo.

Comprobé, en cambio, que pudo atravesar el fango sin mancharse; que la maldad revoloteó a su lado acosándolo y no pudo desovar en él. Que nunca se quejó del sufrimiento. A los papeles, los libros y los fósforos los

El último carguero.

Nuestras vidas están hechas del mismo material con que se hacen los sueños. (Shakespeare)

El linde de la canción se había largado del tren en marcha y se perdió en la oscuridad. De esa oscuridad regresábamos nosotros, ahora. (Bepo, 65)

Eran las cinco y cuarto. Amanecía. “murió Bepo”, dijo la voz de la enfermera del otro lado del teléfono.

Lo encontré con la boca entreabierta, como aspirando la última bocanada de aire de este mundo. Cuando le besé la frente aún estaba tibia. “Se cortó hará un cuarto de hora”, precisó su compañero de pieza del pabellón de cardiología.

Acababa de irse en el carguero del Fin. Él había vuelto a cruzar, por última vez, la Oscuridad de la que tanta veces, croteando, había regresado. Y yo me quedé en el andén, con los últimos veintitrés años de mi vida, entre las manos, como una flor marchita; y con un costado que me ha quedado definitivamente solo y vacío, hasta que el último Carguero venga también por mí.

Creo que esa mañana asumí los cumplimientos burocráticos del Ritual de la Muerte para aturdirme. y no volví a buscar en el almanaque cual fue esa fecha, hasta hoy. Debó haberme ilusionado - en algún resquicio que me quedo de la infancia - de que si no me fijaba en la fecha, lo que aconteciere esa día pasaría de largo, no acaecería.

Creo que fue el 26 de febrero. Sé que era viernes porque a esa misma hora de cada viernes, durante estos veintitrés años, yo entraba en su casa a matear con los amigos, y ahora lo estábamos enterrando. Y habíamos venido todos: Berto, Juan, Meco, Nito, Catalina, Ana, Dipa, Cristina, Sol y Luna, Jorge, Cataca. Y él se ha quedado esperándonos bajo el arbolito a cuyo pie los peones del cementerio abrieron su tumba.

Lo conocí un sábado de marzo de 1976, en la cocina de la calle Arenales. Lo acompañaba Pedrito Yatauro, que había viajado desde Bs.As. a visitarlo. Sobre la mesa, acababan de dejar uno de los tres tomos de las obras completas de Lisandro de la Torre que estaban leyendo cuando llegamos con su amigo Filiberto Satti. Desde entonces anudamos una relación que se ha prolongado hasta su partida.

La primera línea nos lleva al gaucho, a ese gaucho que murió despedazado contra los alambres de púa o recluido en los fortines, cuya imagen soberbia se erige como un canto a la libertad individual en nuestra tradición literaria a través de Fierro, cuando dice:

Mí gloria es vivir tan Libre
como el pájaro en el cielo
no hacer nido en este suelo
donde hay tanto que sufrir
y naides me ha de seguir
cuando yo remonto vuelo.

Por eso no es casual que una de las lecturas preferidas y más popularizadas entre los linyeras haya sido la Carta Gaucha. Escrita por Juan Crusao (1), que fue hombre de campo y conoció muy bien a los crotos, habiendo sufrido las mismas persecuciones y compartido los mismos ideales.

La Carta Gaucha circuló por todo el país, no había croto que no la hubiera llevado alguna vez en su mono para leerla con sus compañeros alrededor del fogón, mientras el mate pasaba de mano en mano, en cualquiera de los lugares comunes que reunían a los linyeras: o para dejarla en un rincón, una alcantarilla o bajo un puente, itinerario seguro de donde otro colega que pasaría por allí y buscaría en el lugar habitual “las novedades de la propaganda”.

Y es que estaba escrita para los, gauchos y en su propio idioma, como señala el autor en una de sus páginas: “Y estoy seguro que mis paisanos me han d’entender mejor a mí, qu’escibo sin retórica, que a esos escribidores de oficio que a juersa de floriarse nos dejan en ayunas: hacen lo mismo que los políticos cuando hablan en riuniones y el paisanaje se queda con la boc’abierta sin saber si lo han putiao le han dicho que es buen mozo.”

Les hablaba de la condición inhumana del trabajo, con la experiencia del que la ha vivido: “Les diré que en esta vida he trabajado en todo lo que se diera vuelta, como hijos e pobres y por no haber nasido con estansia,

(1) Seudónimo de Luis Woollans

como algunos tísicos d'este país; he domado potros, h'esquilao y acarriao hacienda, he trabajado en las trillas, en las aradas y he cortao y emparvao pasto. En todas partes he regao el suelo con mi sudor. Y voy llegando a viejo y siempre pobre. Resién comprendo que mi trabajo ha servido pa enriquecer a otros y que yo he quedao con el orgullo del sonso; con el cuento de que he trabajado mucho y no tengo ni en qué cáirme muerto."

Y prosigue: "... Y al'último dejaremos de ser esclavos de los patrones, que nos hasen trabajar de sol a sol y a veces hasta la noche. Y si es en las estancias, nos dan de comer los animales más flacos y a vases los apestaos; y no digamos nada de las chacras, que mantienen a las pionadas con mate cosido. Si d'hasta vergüenza el acordarse! Yo h'estao en muchas estancias en donde se voltiaban pa los peones las vacas enfermas de la garganta; y estos infelises de mis paisanos se las comían sin protestar siquiera. L'hacienda gorda y sana la vendían los patrones pal frigorífico, y se daban corte que habian sacao tanto y tanto como si tal cosa [...] no se acordaban de que los que habian cuidao es'hacienda se habian alimentao con las que estaban muriendo de peste. Y las trilladoras? Hermanito. qué matadero! Lo hasen trabajar a uno desde que aclara y le pegan hasta oscuro; meta y ponga, al rayo de sol, entre nubes de tierra y basura! Solamente los burros pueden aguantar esa vida, porque aquello no se llama trabajar, ni comer, ni dormir, ni siquiera morir a gusto Y después que los pobres revientan sinchando pa llenar miles de bolsas de trigo, se pasan todo el año con galleta dura, y eso cuando tienen: del pan no hay que acordarse, porqu'está tan caro que los pobres no se le ponen ni en buenas ..."

Con un optimismo propio de su época, en la que la experiencia de la revolución rusa y el nacimiento del movimiento obrero organizado hacían ver muy cercana la posibilidad de una Revolución Social en los medios anarquistas y socialistas, en esta carta dirigida a los gauchos, primeros crotos a caballo, y popularizada entre los crotos –gauchos que se tuvieron que comer los caballos y comenzar a andar a pie, según el poeta Pedro Godoy- el autor de la Carta Gaucha les habla así de lo fácil que sería "hacer la revolución":

"Desían que los pobres no debíamos aguantarles más a los ricos y que ha llegado el momento que los ricos trabajen como nosotros si quieren

De una carta de Borda a Jose Ghezzi (Bepo) de Tandil

Con motivo del libro en preparación de Hugo Nario, "Bepo, la vida secreta de un linyera"

"Bepo: espero le meta duro a su trabajo; tiene eso un gran valor porque en el futuro podrá encontrar el hilo que conduzca a esclarecer la verdadera historia del país, en qué medida contribuyeron los hombres de "huella", tan despreciados, a mover las riquezas en aquellos tiempos en que el avance tecnológico no existía -algodonales del Chaco, las zafras en Tucumán, las cosechas en el norte de Santa Fe y Córdoba, norte de Buenos Aires, o el sur, La Pampa, o esquiladas en la Península de Valdés y los territorios patagónicos-. Le recomiendo el trabajo de Alicia Maguid sobre los crotos anarquistas, en el que puede darle algunos datos que le sirvieron muy bien; lo mismo que hice con Gaston Gori para su libro "La Forestal", ediciones Proyección, que luego sirvió de guión a la cinta Quebracho, en la que colaboré con las indicaciones sobre el movimiento obrero de entonces".



Enero 30 de 1977

Perfil de un Libertario, Ed. Proyección. Angel Borda

vano “un guita” para procurarse el vaso de alcohol que le hiciera olvidar el inútil sacrificio de subir a un banco de plaza demandando la presencia de un patrón “que darse trabajo para no estar vago”

El sueño lo apresó con invisible garra, vencido se fue yendo por un sendero en suave declive, en cuyo extremo, infinidad de voces lo llamaban cordialmente. Dormía...; aún murmuró:

- Polaco, hombre y medio,

Perfil de un Libertario, Ed. Proyección. Angel Borda

comer; que todos somos iguales, porque no porqu’ellos sean más istruidos que nosotros han de valer más: Si ellos tienen la istrusión, nosotros tenemos los brazos hechos al trabajo y ellos no, que los ricos sin nosotros que hesemos todo, no podrían vivir y que nosotros pa vivir no’ presizamos d’ellos. Y fijense, en eso no habiamos pensao nunca los argentinos! Y tan fásil qu’es! Si todos los criollos que viven trabajando como negros comprendieran esto, no habría más que dar un grito y ya estab’hecha la revolución. Enseguida seríamos dueños de todo: los campos, las vacas, las cabaladas, los araos y las máquinas; y los trabajadores del pueblo qu’están mil veces más adelantados que nosotros, se harian dueños de los trenes, las fábricas, los almasenes y las panaderías; nosotros, los del campo, les dariamos la carne, los cueros y el trigo, y ellos nos darian la galleta, el pan, las botas y los visios, y nos levarian gratis a pasear en tren...”

Si uno de los antepasados del croto fue el gaucho, también debemos reconocer su descendencia europea, importada por algunos inmigrantes en su mayoría piamonteses y genoveses, que nos obliga a emparentarlos a través de la distancia y el tiempo con linyeras franceses, italianos, ingleses, etc.

También el apelativo de linyera fue importado y sirvió para caracterizar a los “vagabundos del campo”, diferenciándolos de los de la ciudad, conocidos como “poligrillos” o “atorrantes”, vocablo porteño que se popularizó para referirse a los que vivían en los caños de obras sanitarias que fabricaba A. Torrant y Cía.

Tanto en la literatura como en la mayor parte de las publicaciones periodísticas de la época posterior al 21 podemos comprobar que eran usados como sinónimos los términos “linyera”, “croto” y “golondrina”, si bien este último con sentido menos peyorativo, pues alude al trabajador que migra mientras que los dos primeros traducen una forma de vida marginal que niega el trabajo y la convivencia en sociedad. Veremos mas adelante que, esta imagen negativa del croto, a pesar de tener vigencia en nuestros días, no corresponde a la realidad histórica que pretende representar.

Todo parece indicar que los primeros linyeras fueron italianos. Lo atestigua el hecho de que antes de finalizar la primera década del siglo ya era popular entre los entonces llamados linyeras una copla en jerga mezcla de genovés y castellano que decía:

E, um chica in buca (2)
y zapatilla in man
triumfa la linghera
le va per Tucumán

De Tucumán in Salta
de Salta in Santa Fe
la pobre linghera
marcha sempre a pie.
¿Per qué?
Per que no güe dine ... (3)

El trazado retrospectivo se confunde y amalgama dando origen a innumeras variedades que van a conformar, cuando el fenómeno se institucionalice, lo que llamaremos la “subcultura de los crotos”.

La subcultura de los crotos

Esta población trashumante que recorría a lo largo y ancho la geografía del país, llegó a constituir una subcultura en la que emergen componentes manifiestos y latentes que la caracterizan.

Vamos a encontrar en ella valores, normas y significados comunes a todos los crotos, que se fueron institucionalizando a través de un lenguaje propio y comunes que llegaron a traducirse en una forma de vida peculiar que mantenía sus propias pautas y valores al margen de la sociedad global.



Si bien podemos establecer una primera diferencia sustancial entre los crotos que hacían esa vida sólo por falta de trabajo estable, de aquellos que elegían el crotaje respaldados en una posición filosófica, se reunían ambos polos en una cultura común, que debía sus valores y normas fundamentales a estos últimos.

(2) Chica: bocado de tabaco que se masticaba. chicar: masticar tabaco

(3) No güe dine: no tiene plata

vago?... Escuadrón vino y darse gran palizo; entonces yo dició: ¡No trabaja más, mierda para ese país!

“Pillaperros” no lo dejó continuar.

-¡Cállate tú pos jhó!... Trata de no ser mal agradecido... y le alcanzaba la casi agotada botella para que bebiera.

-Yo prisionero ese país –sollozaba el polaco.

El sueño no acudía a pesar del agotamiento y el cansancio y el “linye” se entregó a los recuerdos. Desfilaron por su mente la enorme cantidad de polacos que conoció “croteando”. Los había visto en el Chaco trabajando en los bosques, cargando durmientes en las playas ferroviarias del Central Norte, plagados de piques hasta en los callos del hombro. Durante la pre sidencia de Alvear trabajando en los afirmados de las rutas que llevaban a San Nicolás, Pergamino, Rosario, Córdoba y tantas otras; después el premio, la escalada en puerto Nuevo. Los vio derrotados, mendigando un tacho de sopa en las barcazas. Desfilaron “El Angulo” cuando estuvo en Zárate, ahí donde las casuchas de barro en “Villa Angus” de entonces, se aplastaban hasta una estatura increíblemente chata.

Recordó con angustia las alargadas pocilgas de casi quince metros de largo divididas en cucas de un metro de ancho; cada cucha una vivienda para polacos o para cualquiera que quisiera vivir o morir allí. Olvidado totalmente del grupo alcoholizado que tenía casi a diez pasos, con la mente afiebrada calculaba lo que se podría realizar en pro de una vida diferente, enderezada a servir en común a la humanidad, con aquellos dispersos brazos que sin utilidad permanecían en la inercia y el desamparo. El, ellos y otros, ¿cómo explicar su presencia allí en aquel tinglado desolado? ¿Acaso todos ellos no formaban una fuerza que al no participar de ningún acto creador se deja ir como una vena desangrada? Renuncia a comprender estos interrogantes, pero a su mente acuden con insistente persistencia el recuerdos de los hombres que por lejanas rutas del país fueron los primeros en abrirlas. Criollos y extranjeros que por miles habían realizado el gigantesco esfuerzo de levantar los puentes, desbrozar los campos, limpiar canales, que ahora vencidos ambulaban por los campos y las vías.

Entonces comprendió el dolor del “polonio” que, desesperado por la búsqueda inalcanzable del pan, se consideraba prisionero y vencido total en este país. Disculpó *in mente* al pobre infeliz que una vez clamado en

ningún can resistía a la tentación del bolo de hígado perfumado con anís con que el chileno excitaba la gula canina.

El chileno proseguía con voz meliflua, sin violencia alguna:

- Yo, hermano, aconsejo a todos el trabajo, la honradez. ¡Sí señor! y si no pué; ¡miren ustedes al güevón del “jirafa”, que se ha quedado en pelotas por no querer trabajar! – y señalaba al cordobés con el índice tembloroso.

- No, mire, no via creer -protestaba el “jirafa”, pecoso, de cuello largo y cabeza rapada, arrastrando una tonadita perezosa y sobona-. No siempre héi andado así, como agora, no; en un tiempo también héi “cargado la pila”, héi vestío traje, camisa é plancha, yuguío, y héi lucío pantalón de puro huevo ajustao, digan que ió....

El humo del fogón se le metió por los ojos, la garganta y no lo dejó continuar, tosía, escupía gargajeando salivazos y carraspeaba ruidosamente.

- ¿Qué te pasa hermanito? – intervino “pillaperros” con voz de niño -. Mojá la garganta pué... – y le alcanzaba la botella.

-Pasá, pero lo que héi dicho es “firma” - llorisqueaba - el “jirafa”

El “polonio” de cara roja y grueso cuello, que nunca acertaba encajar en la conversación, pues contaba siempre la misma historia, terció aprovechando la pausa hecha por el “jirafa” para introducir su tema:

- Ay señor, Polaco hombre y medio. Escucha momento...

Entonces yo dició; digue señor, ¿usté no puede darsea mi un guita? Yo prisionario ese país. El señor dijo a mí ¡Abra mano! Yo abrí mano y le dio puñado de cebada. Entonces yo puse a gritar: ¿A mi nadie darse un guita? Si yo trabaja policía negro te la quitando. No trabaja más. ¡Mierda para negro! Polaco hombre y medio....

La lluvia y el viento continuaban, y continuaba el pintoresco coloquio matizado de largas pausas interrumpidas a veces por la voz del “polonio” que de vez en cuando repetía, viniera o no el caso, su historia e obrero ofendido oficiando de limosnero.

- Entonces el señor dició: ¡Abra mano, y dio a mi puñado de cebada! Polaco hombre y medio.

El coro lo dejaba hablar sin escucharlo, pero él atacaba tenaz:

-... Una vez la Santa Fe, plaza España, subí banco y puse a gritar: ¡Hambre tene, trabajar prisisa! ¿dónde estar patrón que darse trabajo para no estar

Esta filosofía del croto que superaba la situación objetiva de desocupación, arrancaba de un sentimiento profundo hacia la libertad integral que incluía una resistencia anímica a todo lo que significara una traba para su vida libre, sin destino, y en trabas se erigían la familia burguesa, la alienación del trabajo, las fronteras y los representantes de “la autoridad”.

Se marginaban conscientemente, negaban el sistema y no aceptaban las ventajas de integrarse al mismo. Lo combatían desde afuera con el ejemplo de lo que propagaban: la marginalidad como método de oponerse al sistema. Trabajaban lo necesario para vivir porque estaban contra lo que consideraban “explotación del hombre por el hombre” y no querían ser un engranaje más dentro de esa maquinaria.

La mayoría de ellos se identificaban con las ideas anarquistas, convirtiéndose en sus más tenaces propagandistas, participando en las luchas sociales, organizando sindicatos y llevando las publicaciones de esa tendencia a lugares donde la deficiencia de los medios de comunicación de la época y la persecución orquestada contra sus defensores, hubieran hecho imposible su divulgación.

Mucho del espíritu subyacente a la filosofía del linyera, se refleja en estas líneas de Pío Baroja:

“El vagabundo es comunista por naturaleza, el labrador es individualista. El labrador no comprende la vida sin la propiedad, el vagabundo comprende la vida y odia la propiedad. El labrador construye tapias y vallados, el vagabundo los salta; el labrador acota campos, el vagabundo los cruza. El uno quiere que su heredad sea para él, el otro que la tierra sea para todos”

“El uno dice: Yo he comprado el campo, lo he trabajado; sus frutos son míos. El otro dice: El sol que ha hecho crecer el árbol, es de todos, la lluvia que ha fecundado el campo también es de todos, ¿por qué privar a nadie de aquella leña con que puede uno calentarse?”

“El uno tiene hogar, tiene hacienda, tiene dinero: el otro no tiene más que la libertad, el cielo azul...”

Cabe preguntarse cómo era su estilo de vida, su idioma, su escenario fisi-

co y la situación de los lugares en que trabajaban. La agenda de viajes del croto era densa y suponía un conocimiento profundo, que se comunicaba de unos a otros por tradición oral, de las épocas de cosecha, de trilla, de carga en las estaciones y puertos, detallando en los montes, así como de lugares donde había demanda de brazos.

La sapiencia del croto

Pero con esto no bastaba. Todo aquel que pretendiera diplomarse de croto debía poseer un registro minucioso y completo de la geografía que recorrería y de los medios de transporte necesarios para trasladarse. Conocía perfectamente por donde pasaban las líneas ferroviarias, los horarios y combinaciones de los trenes, dónde y cuándo éstos aminoraban la marcha y cómo “colgarse” en los vagones. Sabían dónde las lomas y las curvas facilitaban el descenso o la trepada a los trenes o cuando había que agacharse si se iba en los techos, por estar próximo un puente; dónde podían pasar la noche, ya sea en las alcantarillas, galpones de estaciones o junto a una vertiente.

La necesidad de adquirir este sin número de sapiencias era ineludible para aquel que se decidía a salir a “crotear”. La crónica policial denuncia un hecho trágico en el año 1923, que habla por sí sólo de la importancia que significaba el convertirse en “baqueano”: “Al pasar un tren carguero proveniente de Córdoba por el puente situado en la salida de la ciudad, perecieron trágicamente un grupo de linyeras que viajaban en los techos de los primeros vagones...”

Transmitir toda esta enciclopedia del croto, suponía la existencia de una red de comunicación intergrupala que llegaba a todos y que todos se comprometían a alimentar, ampliando un campo permanentemente y transportándola a todos los rincones de nuestro suelo.

Ángel Borda, uno de los ex crotos entrevistados para este trabajo, relató una anécdota sumamente elocuente que pone de manifiesto la presencia de esta subcultura que compartían exclusivamente estos andariegos incansables:

sobrantes humanos. El alquitrán que saturaba las astillas permitió un largo rato de luz. La charla de los crotos empezó de nuevo. El cielo dejaba caer con inusitada violencia su carga de agua, que al chocar con las chapas del techo se deshacía en nubecillas finas que flotaban en el aire tardando en dejarse caer. El espectáculo de la lluvia y el ventarrón, para el crotaje, era una bendición. Significaba la garantía de la impunidad tranquila con que se desarrollaría la alegre fiesta de los marginados.

Trató de aprovechar aquella claridad inesperada, dándose a la tarea de armar su cama con las pobres pilchas húmedas que portaba. Apenas ocupó un par de minutos en este menester, cuando aplastado de cansancio se derrumbó sobre ellas. Sin proponérselo, su cama, desde el rincón en que estaba situada, le permitió observar el fogón vecino. Así comprobó que estaban allí el chileno “pillaperros”, el cordobés “jirafa”, el “paraguay” Servín, el “polonio” alias “hombre y medio”, y dos crotos más por él desconocidos.

En un tacho de imposible aseo hervía un cocido arroz; para cortar la espera bebían de la botella un vino espeso de baba y hebras de tabaco. El viento parecía empeñado sañudamente en apagar aquel rebelde signo de vida social en una esfera no imaginada por nadie; la del fogón de los vagabundos. Ellos cerraban el círculo tozudamente, dispuestos a no cejar en su empeño. Ya estaba a punto de piyar el sueño cuando el rumor de una discusión lo obligó a prestar atención. La fuerza del viento apenas dejaba oír lo que se hablaba. De pronto una voz se alzó dominando todos los ruidos.

El “paraguay” Servin, alto, de anchas bombachas y sombrero aludo, de changarín fracasado. Amigo del vino y remiso al trabajo, insistía como martillando:

- No, no, no.... A mí la historia no me dice nada; siempre me gustó lo positivo. Si tengo plata no me aflijo, rumbeo pa las chacras, las visito de día, ¿sabe? Si es chacra rica, es sí, y si es chacra pobre, es no; ¿sabe? Me “hago” una “farmacia”, proveo la “bagayera” y, salute, la “bataclana” en “frunqui” no faltan; ¡ésa es la vida!, ¿sabe? El “pique”, salí, salí, “pique”. - Pero, hermanito, y trabajar ¿cuándo? –insistía el chileno “pillaperros”. El hombre debe trabajar, señores; debe tener un fin útil la vida. “pillaperros” era un chileno cuyo corazón desbordaba amor por los “quiltors”, como él llamaba a los perros; poseedor de un cebo secreto que los atraía,

habían previsto con tiempo el temporal cercano, elegido el lugar, “tocado” los “cerdos” y con el producto obtenido por los más dispares medios de “censar”, luego se desarrollaría la planeada orgía, a favor de la ausencia de molestas “mancadas” o de la curiosidad de los “poblásticos”

Los crotos siempre están precavidos y esperando casi con certeza la llegada del gendarme huroneador aguafiestas y meterete o del catango mayor que vigila las vías y utilajes a su cargo. Escupen sobre ellos su desprecio y nunca demuestran el menor deseo de fraternizar con el humilde catango o el “culolargo” mensual que por las tardes recorre alambrados o revisa los potreros cercanos a las vías. Por ello las lluvias son siempre bien venidas, pues sirven para que los libren de la molesta presencia de caminantes y poblásticos. Con la llegada de un extraño testigo, como era él para ellos, las voces se acallaron, todo fue silencio, ni siquiera una tos. El croto no saluda nunca, su ley es la parquedad, carece de expresiones amistosas. El hombre que con su “mono” y con él también su vida, su magro haber, y algún íntimo secreto que guarda con obstinado empeño, no quiere exponer a la vista de los demás ni deja en mano de nadie, por amigo que sea, la posibilidad de compartirlo. Sabedor de esta costumbre, se acercó un poco sin demostrar curiosidad alguna por los allí reunidos. Tanteando con los pies, pudo dar en la oscuridad con un planchón caído sobre el suelo desnivelado, casi cubierto por la tierra suelta que las ratas minera, en su afán de incansables trasnochadoras habían removido.

El silencio se hizo espeso, decidió violar la ley y ganseó un saludo: -...Salú, mozos...

Ellos gruñeron ásperos, sin abrir la boca...

-Mmm....Ssum....., mlú.....-. Y fue todo.

Alguien de los del grupo, agregó al fuego un haz de tablas alquitranadas. Era evidente que trataban de reconocerlo. La fogata avivada con este refuerzo alumbró un instante con intensidad, él no hizo ningún movimiento ni intentó hurtar su cara. Eso le permitió semblantar a los que allí estaban. Eran crotos de diferentes “viadas”

Tranquilizados después del examen, retornaron al coloquio suspendido. Se expresaban en la dura jerga de la “huella”, mezcla dolorosa de la hez de la cultura de los satisfechos y germanías hediondas de los calabozos y puentes de los caminos. Muleta de apoyo universal de los arrabales del mundo, florece donde hay miseria y dolor o la persecución une a los

“Hace tres años, por razones laborales, tuve que entrevistar al gerente de una importante financiera de automóviles, cuyo nombre me reservo, y comenzamos a hablar de las zonas turísticas de nuestra tierra. Tocamos el tema de Córdoba y sus sierras, y sin darnos cuenta acabamos en una discusión sobre dónde nacía el río Chuqu. El prestigioso ejecutivo me dijo: ‘Nace al lado de la vía, entre la estación Las Higuieritas y Chuqu’. Le pregunté alborozado: ¿Usted fue croto? Y me respondió sonriendo: ¿Usted también?’”.

También la preparación del equipaje que llevaban consigo exigía el manejo de ciertas técnicas, además de constituir un elemento común de su cultura.

Al hombro llevaban colgando el “mono”, atado que se armaba descosiendo las costuras de una bolsa de trigo o con un lienzo rectangular. La ropa se colocaba en diagonal para que no se arrugara: sobre ella, una o dos mantas entre las que muchos protegían libros y folletos de propaganda, más caro para ellos que el resto de sus bienes materiales. Se ataban luego, en primer lugar, las puntas correspondientes a la diagonal opuesta a aquella que sostenía la ropa completando el atado mediante un nudo con las puntas restantes, que iban a convertirse en el vínculo que enlazaba al hombre con ese “mono”, que sería con el tiempo como una prolongación más de su estructura ósea.

Complemento necesario para completar el equipaje del croto, era la “begaggera”, bolsita donde se llevaban los elementos mínimos para poder alimentarse e higienizarse: una ollita, un plato, un jarro, una cuchara, el infaltable mate con alguna provisión de yerba cuando los tiempos no eran demasiado duros, y para desilusionar a los fantasiosos señores de la ciudad, una navaja de afeitar y hasta jabón para aprovechar las bondades de algún arroyo o riacho que decidiera interponerse en su camino.

Itinerario y trabajo

El itinerario obligado seguía fundamentalmente las líneas que unían las zonas cosecheras. La cosecha final -trigo, lino, cebada, alpiste, y granos- comenzaba a fines de diciembre para prolongarse como máximo hasta

fin de enero, y se realizaban en la provincia de Buenos Aires, La Pampa, Santa Fe y sur de Córdoba; en el norte santafesino y en Santiago del Estero comenzaba en octubre.

De allí se pasaba a la “cosecha gruesa” -maíz- que comenzaba en febrero y abarcaba principalmente Santa Fe, Córdoba y norte de Buenos Aires. También llegaban a Balcarce para la cosecha de la papa, al Chaco para la del algodón, a Misiones para trabajar en los yerbatales y a Santiago del Estero, Chaco y Chaco Santafesino para colocarse en los obrajes. Después quedaba la posibilidad de emplearse en las estaciones ferroviarias como “bolsero” o en los puertos como estibador.

Algunos extendieron los límites de su peregrinaje, es el caso del celebre Solano, que ganó el de “croto internacional” puesto que había recorrido Paraguay, Chile, Uruguay, Bolivia y hasta Brasil. Se le reconocía de lejos, ya que solía anunciarse con una copla del repertorio linyera que decía:

Yo soy un legendario de las turbas hambrientas
yo vago por el mundo cansado y ya sin luz
y las miserias todas de las humanidades
las llevo en mis espaldas como una inmensa cruz.

El latido del déspota en su bárbaro anhelo
jamás pudo a mi rostro teñirlo da arrebol
porque mi frente se hizo para mirar al cielo
porque mi frente se hizo para mirar al sol.

El trabajo era duro y mal pagado en cualquiera de los lugares en que se podía encontrar. Quizá lo más representativo de este deambular constante en búsqueda de lo que debía ser un derecho para todos los hombres, esté reflejado en estos párrafos del croto Antonio Pérez sobre la cosecha maicera, publicados en el periódico *La Antorcha*, núm.201 del 12 de marzo de 1926:

“La juntada del maíz - desde Tucumán, Córdoba y Santiago del Estero, desde el Chaco y Bahía Blanca, de todas partes y por todos los lados

El Vagón (II)

Era invierno. Oscurecía rápidamente. Una lluvia insistente no paraba de caer.

Como empujado por la gran masa de silencio que llegaba de las chacras, un vagabundo avanzaba trabajosamente sobre la blanda tierra. Restregaba de a ratos los pies tratando de quitar el barro acumulado en los raídos za patos cuyo peso dificultaba su andar, empeño que le resultaba totalmente inútil, pues sólo conseguía arrancar una que otra marca de verdolaga. Traspuso penosamente el guardaganado del paso a nivel y, ya en la playa, la oscuridad se hizo total. Toda la tarde había marchado enfrentando aquella llovizna menuda y pegajosa que no le permitía ver el sendero ni el alambrado cercano.

Hizo un alto y escuchó. Nada, todo callado, sólo la lluvia en círculo. Todas las voces del mundo parecían muertas. La pequeña estación ferroviaria había sido borrada por las tinieblas.

Pero él conocía el lugar, podía casi adivinar la ubicación de los tinglados y del vagón que tantas veces lo abrigó; avanzó sin embargo con cierta prevención. Mientras se adentraba buscando un indicio orientador, le pareció que algo gigantesco y macizo avanzaba hacia él como a tragarlo. Era el tinglado. Se adelantó como provocando el choque, empujado por la prisa; el viento cesó al quedar al abrigo del cobertizo. Trepó por una especie de talúd y dió con el mojinete duro y húmedo. El agua que resbalaba por los aleros, caía salpicando los pisos de tierra. Creyéndose solo se disponía a tomar posesión del lugar cuando le pareció escuchar un susurro de voces, luego el parpadeo de algún fogón al fondo de aquel refugio previno de la presencia de otros hombres que le habían antecedido. Trató de aprovechar la penumbra del fuego para orientarse hacia algún reparo donde no molestar a los demás. Andando con precaución, pronto dio con una especie de camino abierto entre dos filas de planchones semiapilados que lo alejaban del sitio donde se encontraba reunido un grupo de croto hoscos y hostiles.

Eran hombres de la “huella” que pronto fueron clasificados, los que esa noche tendría de vecinos. “Linyes” de diversas “parlas”, “mangueros” de variada especie, a quienes la lluvia había convocado para celebrar los ritos que exige algún santoral botelleros de los vagabundos. Sin duda,

Un día pasó por Santa Victoria, allí se quedó largo tiempo y vio desfilar los más diversos tipos de hombres de la “viada”, empezó a comprenderlos y, al adentrarse como otro más en la entraña de aquel mundo del desecho y los sobrantes sociales, se sintió integrado y participando en la absurda tarea de los sumergidos sin salvación.

Perfil de un Libertario, Ed. Proyección. Angel Borda



afluyen cientos, miles de trabajadores a las zonas del maíz.

“Una vez terminada de emparvar la cosecha fina, el 80% de los trabajadores están de más (el mercado baja), quedando el 20 por ciento para la trilla y el embarque en las estaciones y puertos. Vuelven a las ciudades, los que de las ciudades salieron, con más dolores que plata, y en ellas están en busca de una changuita que no encuentran, gastándose los centavitos metódicamente, estirando y pasando como pueden, hasta que llega la otra, la del maíz, en la cual, como en la anterior cifran su esperanza de que, aunque no ganen mucha plata, al menos tendrán trabajo. Los que están en el campo permanentemente, como no hay otro trabajo que la conservación de las vías de los ferrocarriles, en donde pagan 2.50 pesos por día, y descuentan 90 centavos o 1 peso por una bazofia, que da vergüenza llamarla comida, prefieren deambular por arroyos, ríos y galpones. Gastándose los centavitos tan penosamente ganados en la cosecha; hasta que viene la de maíz.”

Si la cosecha del trigo se hacía pesada por el sol, la del maíz provocaba constantes cortes en las manos. La primera se pagaba 2 pesos por hectárea cosechada. Primero se cortaba el trigo con máquinas cortadoras, mientras la espiga iba cayendo sobre un carro que se movía al lado de aquellas. Las espigas se emparvaban en forma de rancho para dejarlas listas para la trilla. Luego se embolsaban y se transportaban a las estaciones, para que los mismos u otros crotos hicieran la estiba.

La cosecha gruesa es más lenta que la fina: ésta dura 20 días. Con una bolsa rectangular que llamaban “maleta” a lo largo del cinto, nuestros crotos cortaban los granos hasta llenarla, para ir volcando su contenido en bolsas de arpillera. Aquí se pagaba 20 centavos por bolsa cosechera, pudiendo el trabajador medio llenar alrededor de 10 bolsas por día.

En las estaciones, el trabajo de los bolseros lograba un nivel de remuneraciones aún menor, si la tarea consistía en cargar las bolsas directamente del carro al depósito, sin pasos intermedios. Se la categorizaba como “derecho” y se pagaba 2 centavos por bolsa. Si por el contrario, del carro había que pasar por la balanza antes de llevar las bolsas al depósito, se elevaba la paga a 5 centavos por bolsa, denominando a esta nueva forma “pesado”. Las bolsas pesaban entre 60 y 70 kilos y a veces llegaban a 80.

Para dar una imagen representativa de las condiciones en que debían trabajar los “golondrinas”, nada mejor que estos tres recortes escritos por crotos que más adelante identificaremos como “militantes”, colaboradores de *La Antorcha*:

“Las faenas del Chaco: los algodoneros. - el algodón en el Chaco es la plantación que más cuidado requiere durante su desarrollo. Cuando es pequeña la planta hay que apocarla. A fin de arrimarla a la tierra como vulgarmente se hace con el maíz: éste no es un trabajo que mortifique mucho al obrero. pues en su mayoría se hace con corpidores de asiento. Resulta algo más penosa la cortada de yuyos, que debe efectuarse en los meses de enero y febrero, cuando los calores son fuertes, cuando las víboras y arañas abundan, cuando los piques, mosquitos, polvorines entran en su apogeo para mortificar con sus picadas y mordiscos. En este trabajo no se paga más de 8 pesos por hectárea, teniendo que comer de ellos y dormir bajo un árbol que elegirá para el caso. Los comestibles los compra al colono a precios caprichosos y sin lugar a protestas: es el sistema copiado de los obreros. Si el trabajo se hace por día trabajará 16 horas por peso y medio y una porquería que llaman comida. Después de la carpida aparece el trabajo para matar la oruga, cuyo trabajo produce intoxicaciones peligrosas unas veces y sarpullidos mortificantes hasta postrarlo en el suelo, puesto que allí el peón no conoce cama”

(Núm. 185, 13 de noviembre de 1925).

“La Forestal.- Quien no conozca las alcantarillas ferrocarrileras y no haya dormido a campo raso y no haya cruzado La Pampa con su linghera a cuestas, y no haya empuñado el hacha para voltear árboles, nunca conocerá el dolor, la miseria, la negra tragedia que sufren los obreros. Sobre la de-soladora miseria de esta gente, sobre la muda tragedia de estos parias, sobre todas sus lacras sociales -legado de la explotación inicua del capitalismo- que diezmen cotidianamente su existencia, se afirma con poderosas raíces, año tras año, un estado extranjero dentro del cascarón de ‘La Nación Argentina’. Este estado extranjero es ‘La Forestal’, fuerte empresa que explota 125 leguas de campo situado en el norte santafesino.

Un viento cordobés suave e insistente se encargaba del rumor de la espiga y de hacer circular los ruidos mecanizado. En tiempo de primavera las nubes viajan casi a ras de tierra o quedan muy alto suspendidas, estáticas, como grandes naves varadas, y los alfalfares parecen como remendado. Entonces llegaban los días tibios, llegaban también las primeras golondrinas. Daba principio a un cambio que en más de un caso significaba una perturbación insólita que introducía zozobras en la tranquila y descansada vida vagabunda. Aleteos amoroso, arrullos y cantos parleros, piar de pichones decían a las claras que se aproximaba algo trascendente.

Los días que se alargan, la tibieza del sol, el ir y el venir apresurado de millares de hormigas y volanderas mariposas apurando su cumplimiento con las leyes de la vida, daban el impulso indetenible a las transformaciones. (...)

La población de crotos se renovaba constantemente. Como por acuerdo tácito, cuando algunos llegaban otros partían. Sabido es que los crotos nunca quedan fijos en lugar alguno. Ellos siempre están partiendo. El cambio constante, andar, andar siempre en una fiebre que empuja, que compele, y ellos se van siempre de todas partes por muy bien que alguna vez los traten. Otras veces es su “trabajo” que les exige renovar el campo de operaciones. Por éstas y otras causas, aquella promiscua aglomeración de impecunes nunca fue demasiado numerosa. A veces alguna temprana lluvia los obligaba a quedarse ociosos algo más de lo previsto.

En estas ocasiones no era raro ver allí una de las más extrañas mezclas de estos trashumantes personajes. Hacinados en los tinglados, crotos de todas layas, el orgulloso individualista compartiendo techo con el mangüero crónico; el linyera industrial soldador de techos y el fino joyero -falso orfebre de cobre-, como, asimismo, algún changarín rezagado por alguna demora policial: cuando no también numerosos linyeras chilenos trasegadores de vino o rubicundos “polonios” varados y “roques” acompañados de sus canes peluderos.

Siguiendo el rastro del primer vagabundo que anduvo a pie por estas pampas; que renegó del caballo porque lo consideró un humano, y otro que andaba en su sangre buscando senderos no hollados, se puso en la “huella”. Se internó siguiendo la línea verde del horizonte, terminando por enamorarse de remotas lejanías a las que puso empeño en alcanzar.

El Vagón (I)

Sitio preferido por los crotos que yo recuerde, fue Santa Victoria, ferrocarril Pacífico, en tiempo de la administración inglesa, allá por los años 1928 al 32. Era un punto tranquilo que invitaba al descanso a los caminantes que transitaban bajo el intenso azul del cielo de Córdoba.

Un damero de chacras, potreros y alfafares circundaban la estación ferroviaria; los tinglados, una herrería, el almacén de ramos generales y las casillas de los peones de cuadrillas del ferrocarril. Este abrazo generoso del cielo, la tierra y el contorno humano comprimía al mínimo la vida activa del lugar.

La autoridad, la ley, no figuraban de ningún modo; la hermosa libertad brillaba en todo su esplendor. Los vagabundos encontraban allí un clima, un ilimitado campo de seguridad y tranquila estancia. En la amplia playa de maniobras marginando los desvíos, y una larga vía muerta, dos tinglados de abierto alero con mojinetes de norte a sur ofrecían sus “comodidades” a los golondrinas eventuales. La vía muerta, en cuya terminal, junto a los restos derruidos de lo que fuera un embarcadero de vacuno, con bebedores oxidados, había un grifo del que aún manaba un fresco chorro de agua. Sobre aquella vía en desuso, destartalado y herrumbroso, yacía un vagón inservible.

Era un armatoste cerrado, de los llamados “hamburgos”. Había quedado allí abandonado por alguna ignorada causa y por milagro conservaba el techo y la estructura lateral casi intactos.

Aquel vagón fue durante muchos años la vivienda obligada de los crotos que se servían de él como un refugio precario cuando los tinglados estaban repletos de cereales o porque lo apartado del lugar en que había quedado venía como a propósito para que los crotos desconfiados encontraran tranquila guarida. Lo cierto es que el vagón fue siempre como una isla destinada a los caminantes solitarios. Mientras en las chacras la promesa del grano era esperada, aquel triángulo de vías muertas, de cambios herrumbrados, y desarmados semáforos, marcaba la frontera del ocio.

“He aquí las cifras del último balance. ‘Las ganancias se elevaron en 1924 a 387.326 libras esterlinas...’”

“El verdadero azote de esas desgraciadas poblaciones está en las monstruosas cifras de este balance con estas trágicas unidades de los infelices obreros del monte: familia numerosa, hacinamiento y promiscuidad, alimentación deficiente, habitación (viven en el medio del monte). Falta de abrigo en el riguroso invierno, analfabetismo, tuberculosis y sífilis. Sobre estos flagelos se acumulan tantas libras esterlinas”.

(Núm. 188, 27 de noviembre de 1925).

“Cómo se veja y explota a los trabajadores en el Chaco y Litoral argentinos.- Las empresas - la del ferrocarril santafesino en este caso - tienen estratégicamente organizada la caza del peón. En las agencias suélnense colocar carteles anunciadores -uno o dos meses antes, cuando están cercana a las épocas de mayor trabajo, cuando se da comienzo a una vasta construcción o a una explotación en los límites de la gobernación.



“Estos carteles pintan a ojos de los incautos - o a veces de los que sabedores de la infame trampa se ven forzados al conchavo por la desocupación y el hambre- las ‘mejores’ condiciones de trabajo; la empresa da traslado gratis al lugar de trabajo, un pase que serviría de regreso en caso de no convenir o no aceptar el trabajo con los contratistas; jornada de 8 horas, un pago mínimo de 3.50 pesos diarios.

“... diariamente llegan a Gral. Obligado, de todas partes de la república y en especial inmigrantes atraídos por los anuncios de trabajo, gran cantidad de obreros. Algunos acompañados por sus familias: no bien llegados, personas de la empresa dedicadas a lo expreso a la caza del peonaje, los llevan, precipitadamente y a empujones casi, a un tren que hace como una fuga loca las cinco leguas que distan hasta Punta de Rieles; en esta localidad, descendidos del tren, los empleados les comunican que no teniendo la empresa otros medios de locomoción y distando 5 leguas aún el primer campamento, deben hacerlas a pie.

“Después de haber hecho este trayecto, allí los espera un individuo que hace las veces de capataz y con carta blanca de la empresa, quien les hace saber que en ese campamento no hay más viviendas ni posibilidad de quedarse a trabajar, que deben seguir al más cercano, distante unas 4 leguas. Deben seguir al campamento más próximo, pues allí posiblemente encuentren ocupación. Unos la encuentran y otros no.

“Un grupo de trabajadores desprendidos del grueso de la caravana ha encontrado por fin ocupación en un campamento. Todo lo prometido en los carteles anunciadores es mentira. No costará mucho creerlo, mentira el pase, las 8 horas, el jornal mínimo de 3.50 pesos, mentira las condiciones de trabajo, la posibilidad de regreso no aviniéndose a las faenas que hay que realizar. La única realidad es que es un gran feudo vigilado constantemente por la funesta gendarmería volante. A las 4 de la mañana toca la campana de aviso para tomar el mate o algo que llaman tal. [...] Y para qué hablaros de la faena brutal bajo un sol que agobia, una disciplina opriente, horas y horas hasta el amanecer...”

(Núm. 229, 14 de diciembre de 1926).

Era muy común la propaganda de las empresas para contratar mano de obra entre los que deambulaban en su busca. Uno de nuestros entrevistados todavía guarda una pequeña hoja impresa en la se anunciaba: “Necesitamos mil hacheros con herramienta propia, Monte Virgen, rama tendida. Corte a flor de tierra. Pagamos bien. Compañía x. Bovil Ferrocarril Este.” Corresponde destacar que la repartía, pregonaba que “en las cantinas abunda de todo, comida, caña, vino: también se juega, corren los pesos y qué hembras cuñado...”

La Solidaridad

Sometidos al vagar permanente, a la soledad de los caminos en aquella Argentina casi despoblada por dentro, empujados a vender su fuerza de trabajo, en las condiciones señaladas, estos hombres creían sin embargo en la ayuda mutua y compartían uno de los valores sobre los que se edificaba la subcultura de los crotos: la solidaridad.

Ranchada: Lugar donde pasar la noche, al raso.

Pasado del mono: Enfermo mental, hombre que habla solo

Engrasar los rieles: El que muere bajo las ruedas de los trenes

Hacer una farmacia: Robar en una cocina

Cargar la pila: Llevar dinero encima

Hacer cantar la calandria: Holgazanear

Canista: Amigo de la policía

Viada: Vida en las vías

Polonio: Todo croto polaco o de origen eslavo

Patagon: Mote que se le da al refractario a viajar en tren

Gorritas: Guardatrenes



Arrempujen foball clu: Llamado a trabajar más rápido

Loba: Bolsita de guardar chirolas

Jaula: Billetera

Chapar el but: Ponerse a mandar

Via cume il va: Cuadrar el mono, irse

Bullone fatto: Asunto terminado

Vado Scalzo e vado leggero. Sensa robba e niente pensiero: Refran del vago italiano

Las tres maria: Pan, carne y yerba

Chanta al bobo o chanta boba: Comer, después irse sin pagar, en un restaurante, fonda o almacén.

Poca plata pa' un anillo: Expresión para indicar la paga mezquina.

Como para mantener hembra de lujo: ídem.

Más achicao que calzón de gringo: Se refiere a la poca generosidad de un patrón

Chancho limpio nunca engorda: Por medios ricos nadie enriquece.

Vocabulario Crotil

Bandolión: Lata de unos 5 o 10 litros, generalmente de aceite, de base cuadrada y que, abierta lateralmente servía para cocinar.

Bataclana: Gallina

Batir la católica: Tocar el timbre o la campanilla para mendigar.

Frunqui: Guiso de gallina

Hacer galopiar la pera: Comer apurado

Juan figura: Policía, los vigilantes.

Máquina: Revolver

Maranfio: Puchero o guiso en general.

Otario: Pavo, ave de corral

Pistolera: Mendigar

Sacar la pistola: Ir a pedir.

Roque: Perro

San Roque: Linye con perro

Tártago: Mate

Vitrola: Pequeña lata cuadrada con agujero en su base superior, para tomar mate, reemplazo del jarrito o la calabaza.

Huella: Lugares y clima en el que se desarrolla la vida peculiar del croto.

Croto: Linyera, caminante, hombre que va andando.

Linyera: Atado de ropa, por extensión al hombre portador.

Mono: Atado de ropas.

Bagayera: Bolsa en que llevaba el tacho de cocinar, el mate, algún comestible.

Cargar máquina: Portar arma de fuego.

Piola: Policías coimero.

Cuadrar el mono: Irse, levantar campamento

Un froilo: Un alcahuete ("batidor").

Un comilón: Referencia a los pederastas.

Crotencio, Crotacho: Despectivo de Linyeras. Croto.

Mate italiano: Calentarse el trasero en el fuego.

Pibote: El croto joven.

Maroma: Represión, ronda policial

Esta solidaridad intergrupal es inherente a la filosofía del crotaje. Todo se organizaba en base a ella: el trabajo, cuando lo había, o la lucha por la supervivencia cuando escaseaba, las horas de tertulia, el traslado de un pueblo a otro, la estadía conjunta en alguna de las etapas de su itinerario.

Una de las costumbres más generalizadas entre los crotos, donde la solidaridad tomaba formas concretas, era la llamada changa solidaria.

Consistía la changa solidaria en la donación, por parte de los obreros ocupados en la cosecha o como bolseros, de uno o dos días de trabajo a los que llegaban en su búsqueda sin encontrar posibilidades de colocación. Bastaba que llegara un croto para que cada uno de los peones o bolseros le diera un día de trabajo. Este sistema, por el que intentaba compensar las pocas ventajas que diferenciaban en un momento determinado a unos de otros, se ponía en marcha espontáneamente, porque la solidaridad entre ellos era ya un valor que habían internalizado como principio de su *modus vivendi*.

Si la changa solidaria significaba días de trabajo seguros, la gravedad de la situación para los desocupados contribuyó a que los crotos organizaran su supervivencia en todas las instancias; así surgió *el barato* como expresión más de la ayuda entre pares.

El así denominado "barato" se popularizó entre los bolseros y las cuadrillas de trabajadores ferroviarios. Cuando un croto llegaba a una estación pedía "un barato", que se traducían en dos o tres horas de trabajo prestadas por los contratados para esa tarea.

Muchas veces el honor y el orgullo del croto le impedían pedir trabajo a sus compañeros. La existencia de un idioma común, que excedía las simples palabras, porque había surgido y se construía sobre la base de experiencias vividas también en común, les permitía comunicarse superando los límites de los cánones lenguaje.

Era suficiente con que el que solicitaba trabajo dijera: "Me presta el sombrero, amigo", para que el destinatario del mensaje lo captara y le diera dos o tres horas de su trabajo.

Otra de las experiencias solidarias que resulta ejemplificadora, ya que demuestra como las anteriores que este valor era compartido no sólo a nivel nominal, sino que tomaba formas concretas en la realidad, era la organización de *comunas* como práctica de la vida socialista que postulaban.

Era muy común entonces que los chacareros, cuando necesitaban mano de obra para levantar la cosecha, la buscaran en las fondas, en los andenes, donde encontrarían seguramente grupos de crotos “ofreciéndose en el mercado de trabajo”. Les proponían el trabajo y éstos enviaban un representante para que viera las condiciones de la chacra y fijara los términos contractuales de todo el grupo. Cuando podían organizaban las “comunas”.

En la cosecha fina y principalmente en la trilla, las características del trabajo permitían organizarlo comunitariamente; se designaba a uno de los crotos para que administrara el trabajo, para lo cual debía anotar en “la libreta” los quintales que sumaban las bolsas trilladas. A la noche, se calculaba el valor que se pagaba por los quintales sumados y se dividía lo obtenido en partes iguales entre los crotos del grupo.

Esta forma de organizar el trabajo tenía como condición sine qua non que los que se avenían a la misma tuvieran la responsabilidad necesaria para trabajar con el máximo esfuerzo, a pesar de que la remuneración no fuera proporcional al trabajo de cada uno, sino al del grupo todo.

Pedro Godoy, poeta y croto de la década del 20 y de todas las épocas, me relató una de las tantas experiencias comunitarias protagonizadas por un grupo de crotos: En el año 1922, durante la campaña de juntadores de maíz, en la estación Del Valle, provincia de Buenos Aires, doce crotos organizaron una cooperativa de trabajo. Se contrató a todo el grupo, la distribución del trabajo fue realizada por ellos mismos, sin capataces ni peones. Se hizo una caja común, los víveres se compraban al por mayor en el almacén y hasta el rol de cocinero fue tenido en cuenta cuando se repartieron las tareas.... A la noche, hacían tertulias en el galpón que usaban de dormitorio, se leía y comentaba la Carta Gaucha, artículos de *La Protesta*, *La Antorcha*, obras teatrales de Pacheco o Florencio Sánchez.

También se compartían comunitariamente las épocas en que el trabajo escaseaba. Las “ranchadas” en las estaciones ferroviarias, las alcantarillas, los cuartos que a veces alquilaban en una ciudad portuaria, se convertían

Mundo Nuevo
Revista de América Latina
Número 44 Febrero 1970
París



Acerca de los colaboradores en este número:

Ángel Borda: Sindicalista, cuentista y crítico literario, recorrió la Argentina desde su más temprana juventud en su calidad de croto, organizando sindicalmente a los trabajadores del agro y a los estibadores.

Fausto Falaschi: Emigró de Italia a la Argentina siendo niño, donde realizó diferentes oficios y artesanías al mismo tiempo que recorría el país en su calidad de croto y como militante libertario. Fue asiduo colaborador de *La Protesta* y murió en el frente de Argón durante la guerra civil española.

Pedro Godoy: Poeta y militante libertario, participó durante su vida de croto en la organización de sindicatos en varias provincias argentinas. Entre sus libros de poemas destaquemos *Vidrio de punta*, *Brocha gorda*, *A cara o cruz* y *No hay lema*.

Rodolfo González Pacheco: Escritor y dramaturgo, murió en 1949. Militante libertario y animador de muchos grupos de actividad social. Sus "Carteles" constituyen una singular creación de fuerza lírica y de denuncia social. Entre sus obras de teatro figuran *Hermano lobo*, *El grillo*, *El sembrador* y *A contramano*.

Alicia Maguid: Especialista en ciencias sociales, ha llevado a cabo diversas investigaciones de historia social y otras relacionadas con el problema de la marginalidad.

Pero ¿qué vida es la que actualmente lleva el productor? ¿Disfruta algo de su trabajo?

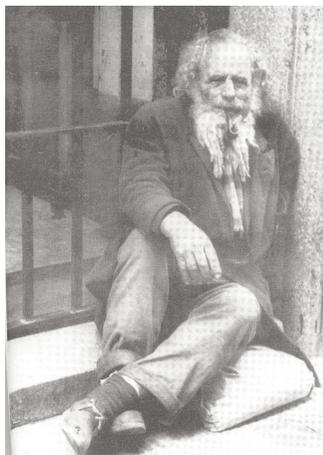
No, Compañeros; él sólo siente gritos de miseria, y cualquier alegría que se manifieste, es aplastada por el mañana del taller o del campo.

Las necesidades son como hijos hambrientos a su alrededor. Hijos engendrados por un régimen absurdo, verdugo para unos y defensor de otros.

El régimen fecunda la sociedad y ésta da a luz el fruto estúpido que como un látigo castiga sobre los productores.

Y sin desertar de las filas productoras que nos da derecho a protestar y reclamar lo que humanamente pertenece a cada persona, luchamos por la libertad; ella es carne, nervio de la vida. Es el conjunto de paños desplegados en los mástiles de la nave; hinchados, preñados por los vientos armoniosos de la vida, para conducir la nave a los puertos soñados, sentidos interiormente por aquellos que abandonando las viejas rutas buscan otros horizontes.

(La Antorcha, 6 de noviembre de 1925.)



en pequeñas comunas en las que los pocos bienes no tenían propietarios y el que conseguía trabajo aportaba a la caja de todos, mientras que los desocupados asumían las tareas culinarias.

El idioma del crotó

Para ser crotó, además de viajar en los trenes sin pagar, con el mono al hombro, recorriendo el país en busca de trabajo o de nuevos paisajes, había que conocer una jerga particular, que sólo ellos empleaban para comunicarse. Así, además de los términos que se han ido mencionando, como “mono”, “bagaggera”, “changa solidaria”, “barato” o “ranchada”, se fueron creando otros muchos como el de “roque” para referirse a los perros -su uso provenía de las estampas de San Roque, en las que aparece siempre con un perro- o el “Don Juan” para identificar a la policía. Este capítulo del lenguaje exigiría un estudio aparte.

Varietades dentro del crotismo

Dentro de este submundo relativamente homogéneo surgen sin embargo tipos característicos que emergen del conjunto y que permiten intentar una clasificación de los crotos, sin que ello inhiba la presencia de una gama llena de matices en la cual se superponen y combinan las categorías.

El vagabundo.- Llegaba al crotaje como resultado de haber asumido una actitud contemplativa, que lo impulsaba a vagar constantemente sin más objetivo que el “andar por andar”. Trabajaba cuando la situación se ponía “demasiado espesa”, como me dijo uno de los entrevistados. Una de las anécdotas más ejemplificadoras de este tipo dentro del crotismo nos retrotrae al año 1921, en un pueblo de Junín. En un galpón de ferrocarril habían establecido su morada un grupo de crotos: una mañana se presenta un chacarero a ofrecerles trabajo e inmediatamente aceptan y comienzan a negociar las condiciones. Uno de ellos permanece aparte, indiferente. Sus compañeros, un tanto desconcertados, lo interrogan. El hombre incorpora su enorme esqueleto y les contesta pausadamente: “Para trabajar me hubiera quedado en Alemania; si vine a la Argentina es para vivir tranquilo, sin trabajar.” A pesar de constituir un tipo poco frecuente dentro del fenómeno global que analizamos, contribuyó a conformar una falsa ima-

gen del linyera, reforzada por el hecho de que los casos aislados de linyerismo que se dan en la actualidad poseen, en su gran mayoría, estas características.

El fugitivo.- Comparte con los arriba señalados una actitud pasiva. El crotrear se convierte para él en un mecanismo de defensa frente a una sociedad que percibe como amenazadora y persecutoria. La respuesta a esta situación de conflicto es la fuga, el aislamiento. Si bien no resulta significativo para definir el crotismo, contribuyó también a desvirtuar su esencia por el sólo hecho de existir y compartir con los crotos su marginalidad.

El pistolero.- En esta categoría encontramos muy pocos casos. Más que ejercer, utilizaba el crotismo. No compartía sus valores ni su forma de vida, pero la asumía para mantenerse seguro frente persecución policial en un ambiente en el que la delación se juzgaba como la mayor bajeza y era suficiente para desprestigiar de por vida al que la practicara.

Uno de ellos fue famoso por planear importantes robos que otros ejecutaban mientras él vivía de crotos. En un ejemplar de Caras y Caretas del año 1918 aparece un artículo en el que se relata irónicamente que un periodista le preguntó, pocas horas antes de morir, si estaba arrepentido de lo que había hecho en su vida. Ante el asombro de su interlocutor, el moribundo no mencionó ninguno de los robos que le imputaban y expresó: “Si, hay una sola cosa de la cual estoy arrepentido, y es el haber trabajado un cierto día en una maquina trilladora cuando recién llegué de Italia.”



El manguero.- Vivía “mangueando” pidiendo limosna puerta por puerta. Calificaba a los poblados de acuerdo a un código muy personal: les adjudicaba un precio, según las respuestas pecuniarias que obtenía de sus habitantes. Así, se transmitían de unos a otros información con respecto a la posición que ocupaba cada localidad en el rating de “donaciones de caridad”, sentenciando por ejemplo “Ese es un pueblo de 2 pesos y la comida.”

mos que sabrán, por defenderla, jugarse enteros. De todas maneras, aquellos que se metan a defender los intereses de la empresa que los explota y salgan mal parados por ser demasiado celosos en su deber de esclavos, bien merecido se lo tienen. La vida debe enseñarles que entre los explotados de toda la tierra no debe sino haber un lazo firme y estrecho de verdadera y franca solidaridad.

(La Antorcha, 17 de julio de 1925.)

Cosas agrarias

Empieza la primera y junto con ella las golondrinas humanas se aparecen por todas las campiñas matizadas de sementeras.



En sus cabezas, pensamientos, en sus mochilas, libros, folletos, diarios, periódicos, todo un kiosco ambulante. De a pie, en trenes de carga, cruzan las regiones haciendo surco en la opinión, dejando semilla, suspiros revolucionarios, consuelos para los doloridos que gimen clamando justicia.

¡La cosecha! ¡El trabajo! Eso es toda su esperanza. El régimen, la esclavitud se hizo carne en ellos. Su cabeza no contiene pensamientos, su mirada es lánguida, en su interior nada que dé brillo, fuerza de compenetración, para iluminar lo que a su paso se presenta.

Faltan ideas, flores, fragancia interior; un falso concepto de la vida los entristece, colocándolos en un pisadero donde se amasa al barro para los ladrillos que levantan las murallas de los templos cobijadores de tiranías.

Nuestra cosecha es lejana, nuestro trabajo es destroncar, rajar la tierra en surcos, profundizarla, arrojar semillas, calentarla con nuestro afán, para que los granos germinen.

Los parias hace años que levantan las cosechas, las apilan, las embarcan, pero nunca fue esto un alivio y sí un atenuante mal entendido.

El trabajo es condición necesaria para la vida, sin él nada se hace; esto lo conoce el más reaccionario, aunque él jamás trabaje productivamente.

Defensa de los lingheras

¡Lingheras, hermanos nuestros!

Hay, al lado de las vías, bajo los puentes, a través de las montañas, los desiertos y los bosques, inúmeros proletarios rebeldes a la explotación, la autoridad y la moral burguesas. ¡Lingheras, hermanos nuestros! La Antorcha diario quiere recoger sus gritos, sus cantos, en que los giros de sus idiomas extranjeros revolotean dentro del nuestro, como pájaros en una selva; sus hechos de hombres viriles y aventureros, toda su alma. Que ella se asiente, pliegue sus alas o afile su garra en este diario como en un árbol. Que anide o sueñe. Y parta luego, llevando entre su pico, como un polen, nuestro ideal de libertad, nuestro comunismo anárquico.

¡Lingheras, hermanos nuestros!

(La Antorcha, 1 de mayo de 1925.)

Contra los lingheras

La prepotente empresa del F.C.C.A. acaba de dictar una nueva y anti-humana resolución por la que se establece que deben ser capturados y entregados a la autoridad de la estación más cercana, todos aquellos individuos que se encuentran viajando sobre los trenes de carga.

Como se ve, esto va directamente contra los “crotos”. Se trata de organizar la caza de lingheras.

Ahora la cuestión esta en que los perseguidos se dejen echar el guante, cosa que francamente no nos parece tan fácil. Ya sabe todo el mundo lo que es una comisaría de campaña y no será cosa de que los “crotos” se resignen a aumentar voluntariamente, dejándose cazar como corderitos, el número de sus ingratas incidencias. Demasiado tienen con su vida de vagabundos, sin hogar, sin techo, sin trabajo, sin nada.

La libertad es su único tesoro. Y antes que se la arrebaten, seguros esta-

El filósofo.-Era crotos porque había “elegido” ese modo de vida como el único que le permitía ser coherente con su postura filosófica. Elegía la migración constante, la vida libre y la comunicación directa y personal con la naturaleza, rechazando los artefactos y estructuras construidas por el hombre, para dominarla que crecían a sus ojos, como grandes monstruos que pugnaban por moldear a la especie y dictar las leyes que reglaran sus actos. La sociedad con sus normas e instituciones resultaba agobiadora para esa personalidad exaltada y abordable. Se encontraba aquí el poeta, el filósofo, el pensador que solía asombrar a las mentalidades tradicionales y rígidas por su valía intelectual. Un exponente de este tipo fue Pedro Godoy -uno de los pocos que en alguna medida sigue practicando esa vida nómada en permanente contacto con la naturaleza, inmunizado contra la propaganda y la sociedad del confort-, quien nos resumió así la esencia de esta filosofía del crotismo:

“Yo soy crotos por naturaleza, y creo que el sentimiento hacia la vida errante ya la predicó el cristianismo. Cristo aconsejó a sus discípulos que viviesen recorriendo los caminos, descalzos y sin ropas, para predicar la bondad; el hombre, por comodidad, violando sus propios conceptos de vida, se estableció y dio lugar a la civilización moderna con su T. V. y sus horarios ... ; no le veo salida al mundo moderno porque está basado en el trabajo alienado, y estoy en contra de eso; ¿con un Pedro Godoy que se resiste a ir puntualmente a la fábrica, qué hacen los marxistas?”

El trabajador.- En esta categoría incluimos al trabajador golondrina, que migraba motivado fundamentalmente por la necesidad de conseguir trabajo. Podía ser industrial -tachero, fabricante de anillos con monedas de cobre, joyero, tejedor, etc.- o agrícola, pero a diferencia del “filósofo” utilizaba el crotismo como un medio más que como una realización de su modo de vivir.

El militante.- Es este crotos idealista, que cargaba su linyera o mono con folletos, libros y manifiestos de propaganda anarquista, que organizaba sindicatos donde no los hubiera y que hacía de su vida una lucha continua por un ideal, el que contribuyó a conformar con su ejemplo muchas de las pautas de solidaridad y comunitarismo que hicieron del fenómeno de los crotos la experiencia más significativa. Era rebelde, con una rebeldía no asumida sino esencial; por eso no tenía otra salida que la vida marginal, en la que conservaba su purismo ideológico. Era anarquista, creía en la capacidad de los hombres para vivir en socialismo sin Estado, se oponía al sistema y a todas las formas concretas

que lo representaban se llamaran policía, patrón o diputado. Creía en la acción directa como medio de lucha. Se sentía traicionado por el socialismo negociador y parlamentarista. Su método básico era la huelga general revolucionaria, el enfrentamiento total al sistema. Asumía una actitud que se traducían en la militancia permanente, llevando propaganda a rincones donde no hubiera llegado jamás, organizando sindicatos agrarios por toda la república, estableciendo redes de relaciones entre hombres y organizaciones que por escasa densidad de población y las grandes distancias luchaban contra la enorme dificultad de coordinar sus acciones.

Cualquier lugar era propicio para distribuir *La Protesta* y *La Antorcha*, principales publicaciones anarquistas que respondían a distintas corrientes libertarias, o cualquiera de los numerosos periódicos que aparecían continuamente y en todo lugar, que solían desaparecer al poco tiempo para que otras publicaciones tomaran su lugar, en un ciclo inacabable que alimentaba el movimiento anarquista.

Citamos algunas al azar: *El Manifiesto*, publicado por González Pacheco y Antillí, *La Lira del Pueblo* en Junín, *Ideas* en Chacabuco, *Alba Libertaria* en Bahía Blanca, *Odios* en Tucumán, *Ideas* en La Plata, *La Rebelión* en Rosario, *El Proletario* en Córdoba, *Pampa Libre* en La Pampa y *Brazo y Cerebro* en Bahía Blanca. La lista sería interminable, teniendo en cuenta que habría que agregar las publicaciones de los gremios, como *El Obrero Panadero*, *La voz del marino* y muchos más.

La lectura y comentario de ensayos sociales, obras teatrales y hasta de poesía, era algo habitual en los grupos de crotos. Los más organizados llegaban a darle nombre al grupo. Así en Ingeniero White, Bahía Blanca, surgieron “*Los Iconoclastas*”, “*Los Intelectuales*”, “*El Sembrador de Ideas*”, “*Los Incrédulos*”. Leían a Pietro Gori, Malatesta, Ferrer, Kropotkin, Bakunin, Sebastián Faure, Luis Fabbri, Eliseo Reclus y Ricardo Mella, entre otros. Su lirismo les llevaba a despreciar las necesidades terrenales, prefiriendo muchas veces utilizar los pocos centavos que tenían destinados para galleta, a comprar un folleto -la Carta Gaucha costaba 10 centavos en 1922- o para extasiarse viendo a José Gómez interpretando Los muertos o Barranca abajo de Florencio Sánchez o Espectros de Ibsen.

Linyera

Eres un trozo, linyera,
De suburbio en los caminos,
Escupitajo de fábrica,
Retazo de conventillo.

Triste retazo de urbe
Puesto en mitad de los campos,
Que vas como un hijo
Con el dolor en los brazos.

Cuando te veo pasar
Se me asoma la tristeza,
Si hasta las bestias parece
Que te miraran con pena.

Cuántas veces te he observado
Marchar por entre las vías
Viendo alejarse a los trenes
Cual lo hiciera tu alegría ...

Linyera, resto de fábrica:
De la ciudad te expulsaron
Como a un animal leproso
Por no conseguir trabajo.

Como bestezuela triste,
Arrastras por los caminos
La enfermedad más terrible
La de ser pobre entre ricos.

Nunca tuviste mujer,
Ni un ranchito de madera;
Cuando te deja la angustia
Duermes bajo las estrellas

Hermano: al alma del hombre no pueden llegar tus quejas,
Porque todos, ¡ay!, arrastran
Sus dolores y miserias.

Perdona, perdona, hermano,
Si los hombres no te escuchan
¡Nuestras vidas son estrofas
Que siempre nos quedan trucas!

Juan Guijarro

Carcajada

¡Soy libre, libre, libre!
 ¡Son míos los recodos de la América!
 ¡Los parques todos de los campos, míos!
 ¡Las montañas, los puertos, y las selvas!

¡Siempre nuevos paisajes fascinantes!
 ¡Divina Juventud en primavera!
 ¡Y el ingenio sutil, que me permite
 desnudar la mujer que me parezca
 Hacerla mía por algún instante
 sin que jamás lo sepa!

Casera indumentaria que permite
 recitar o dormir en la pradera.
 ¡Ser libre, libre, libre!
 Mi sola esclavitud es la indolencia

Sin la obsesión de los noventa días
 pinchando noche a noche la mollera:
 amigos, guitarreadas, y saludos
 y grillos, y mujeres. y luciérnagas.

Panoramas lavados por la lluvia
 ritos de sapos a la luna abuela.
 Estas piedras cruzando por la tarde
 la avenida pueblera.
 Corriendo a cazcotazos las lechuzas
 o en baño de sol sobre la yerba,
 junto al borde del valle clariverde
 o en la aniñada azoración de estrellas.

Vagando sin un rumbo definido:

El brioso remolino de las yerras,
 escoltado por miles de gaviotas
 jinete en el arado abriendo melga.

Pasando las veladas entre gentes
 por atavismo buenas.

¡Carcajada feliz, sobre los rieles
 de esta vida robusta y andariega!

Pedro Godoy

(De Tarja, Editorial Nueva Vida, Buenos Aires, 1941.)

Su labor no se limitaba a la de propagandistas; también colaboraban en publicaciones, como puede verse en varios números de *La Antorcha*, en los que figuran crónicas de diversos sucesos del interior o artículos sobre temas sociales firmados por crotos. Organizaban actos en los pueblos donde se establecían transitoriamente; a veces alguno de ellos se convertía en eficaz orador o en su defecto hacían colectas para lograr fondos y financiar “giras de propaganda” a cargo de otros militantes. En las chacras no era difícil encontrar a algún crotto ejerciendo de maestro sin título profesional, pero con vocación sentida y con conciencia real de las demandas alfabetizadoras de nuestro interior.

Mario Anderson Pacheco, Anacleonte, Enrique Balbuena, Marcos Riskin y Francisco Martínez, son los nombres de algunos de estos militantes polifacéticos que ejercieron alternativamente la oratoria, la docencia, el periodismo o la acción a lo largo y a lo ancho del territorio argentino.

La Federación Obrera Regional Argentina (F.O.R.A.), fundada en 1901, que capitalizaba al movimiento obrero y cuya estructura organizada en sociedades cosmopolitas de resistencia y de oficios varios, facilitaba la espontaneidad de las luchas de entonces, se encontraba sin embargo frente a un numeroso proletariado rural que no contaba con organizaciones gremiales propias y al cual había que incorporar a la lucha social, misión en la que los crotos cumplieron un papel trascendente.

El movimiento anarquista era consciente de la potencialidad revolucionaria que poseían estos linyeras, instándolos desde su prensa a la acción reivindicativa y a la divulgación de las ideas libertarias. En el suplemento semanal de *La Protesta* del 8 noviembre de 1926, aparece un artículo de Diego Abad de Santillán, en el que dirigiéndose a las golondrinas del campo les aconseja la creación de comunidades agrarias, para señalar más adelante: “libres son los camaradas que quieran crear sindicatos de resistencia de trabajadores del campo, con apoyo de todo el movimiento; libres son los que deseen crear organismos de colonos afines para la propaganda de nuestras ideas en su ambiente, libres en fin los que consideren más convenientes otros medios. Todo esfuerzo que tienda a acrecentar las fuerzas y el radio de acción del

LA PROTESTA
 DIARIO DE LA MAÑANA

anarquismo es bienvenido y merece el apoyo material y moral que el movimiento entero esté en situación de prestarle”.

En *La Antorcha*, publicación más lírica y que por su tendencia más favorable a la acción directa y espontánea era aceptada preferencialmente por los crotos, se encuentra en casi todos sus números alguna nota referente a la cuestión agraria y dirigida especialmente a ellos. Se transcriben dos fragmentos, como ejemplo:

“Hay, al lado de las vías, bajo los puentes, a través de las montañas, los desiertos y los bosques, inúmeros proletarios rebeldes a la explotación de la autoridad y la moral burguesas. Lingheras, hermanos nuestros!

La Antorcha diario quiere recoger sus gritos, sus cantos, en que los giros de sus cantos, en que los giros de sus idiomas revolotean dentro del nuestro, como pájaros en una selva; sus hechos de hombres viriles y aventureros, toda su alma. Que ella se asiente, pliegue sus alas o afile su garra en este diario como en un árbol. Que anide o sueñe. Y parta luego, llevando entre su pico, como un polen, nuestro ideal de libertad, nuestro comunismo anárquico”

(Núm. 158. 1 de mayo de 1925).



“La influencia anarquista en el pueblo y el avance de nuestro movimiento se mide por lo que actu-

amos nuestras ideas, en las luchas proletarias y las agitaciones populares, en soluciones de libertad dentro de la solidaridad. La agitación agraria, que tiende a resolver la desocupación responde a la necesidad de esa actuación anarquista”.

“... Compañeros lingheras: disponeos al trabajo! Compañeros de los pueblos de campaña: secundadlos eficazmente. Nosotros ya estamos dispuestos. Vamos a hacer flamear la Anarquía, como un poncho, sobre las pampas! Atención!” (Núm. 219, 14 de agosto de 1926).

Esta acción propagandística dirigida a los crotos obtenía respuestas de tal magnitud que aseguraban la realización de huelgas generales y de campañas prolongadas y de gran resonancia, como las cumplidas por Sacco y Vanzetti, por Radowitzky o por Wilkens, así como su participación activa en hechos que conmovieron al país, como los de La Forestal, la Patagonia,

Poemas

Linyera

Un día
por sobre las rizadas sementeras
-Jesús moderno despreciado y triste-,
dibujóse su sombra macilenta
con el jergón de harapos a la espalda,
sin Dios y sin querencia
caminando las vías.

Agobiada figura de cosecha
en vagones de carga caballero
desde entonces se ve por las Américas
Industria Nacional, por la estampilla
atada a su pescuezo la tragedia.

En busca miserable del mendrugo
se fue corriendo leguas y más leguas
de cada pago trajo sus recuerdos
de lejanas taperas las leyendas.

En miles lagunones encrespados
bañó, naturalmente su silueta,
y a la sombra de todos los sauzales
ha dormido la siesta

Cargado esperanzadas amarguras,
atravesando inviernos, primaveras,
un poco de jilguero entre los ojos
y un poco de león en la melena.

Nativo, turco, gringo, lusitano,
igual es triste y hosca la existencia.

Patriótica vergüenza americana,
de este trozo de tierra,
que vístese de cantos libertarios
y en costurones interiores lleva,
en un montón de piojos,
hirviendo la miseria.

Pedro Godoy

(De Vidrio de Punta, Editorial Reja, Buenos Aires, 1936)

cabeza para librarse de aquella idea fija ¡Hay que hacer la ranchada, hay que comer! ¡Comer ... ! ¡Puh! escupe y se queda mirando correr el agua del arroyo; ya más sereno levanta la vista y allí están la barranquita barrosa, los flecos del pastizal. En un potrero cercano un paraisal lo provee de leña abundante. Son árboles coposos y están floridos; aquí hará noche. Encenderá fuego, mateará largamente y mañana leerá las revistas que le pidió a una maestra en Gálvez. Una maestra bonita de grandes ojos claros. ¡Cómo lo miró! Carlos lucha contra un recuerdo. Deja su atado en el suelo, junto al tronco del árbol, y se sienta.

-¡Ay cansancio, fatiga mía, como me ligas los pies! -solloza-

Carlos se acostó temprano. Intentó dormir en vano. La nerviosidad lo exasperaba. Un martillo sutil clavaba en las sienas largos alfileres. ¿Estaría él perdido sin remedio? ¿Qué era esa fuerza que lo empujaba a la vida errante, sin esperanza alguna?

- “A la vida hay que conocerla. A la vida se la debe amar. Pero hay que conquistarla -le dijo una vez un croto ermitaño en Villa María-. Busca la vida, andate de aquí, ¡no seás tan flojo! Busca, muchacho, pero búscala en la tierra, allí está llena de cosas lindas, de trigo, de flor, de árboles, de ríos. ¡Ah! Pero no te escuendas en ella. ¡No! Empieza desde ella, no se puede hacer otra cosa.”

Buscar la vida. ¿Dónde estaba? ¿Estaría en las ciudades con sus fábricas infectas? ¿o en los campos aplastados de trabajo bestial? ¿Era la vida la lucha contra los patronos, los policías y los crumiros en las huelgas? ¿Sería la vida una linda cara de muchacha? ¿La tierra? La tierra... ¡ay!, la eterna. Quizá tendría razón el croto ermitaño. La tierra es mujer, empezar por eso...

Lo necesitaba para curar su angustia y librarse del odio y del rencor. Tendría que buscar. ¿Dónde? No lo sabía. Hizo un esfuerzo por dormir.

Un millón de grillos daban un concierto caótico e inacabable. El fresco de la madrugada calmó la fiebre de preocupaciones.

Un sueño de siglos lo aplastó inexorable.

Perfil de un Libertario, Ed. Proyección. Angel Borda

el Chaco, Jacinto Aráoz y otros que dejaron su saldo trágico de víctimas.

Si bien no existían leyes que reglamentaran la persecución de los cro-tos, la libertad de acción que tenía la policía en el interior, donde el dueño del pueblo era el comisario, dio lugar a que aquellos se vieran obligados a sufrir numerosas e indiscriminadas represiones, avaladas pasivamente por los gobiernos provinciales y nacionales.

Consideración final

Este trabajo se propuso rescatar algunos elementos de un capítulo olvidado en la historia social argentina. El inevitable proceso de cambio de las condiciones económico-sociales han puesto punto final al fenómeno del crotaje tal como lo hemos analizado, sin que por ello hayan dejado de subsistir gran parte de los factores que lo provocaron, cuyas consecuencias, si bien toman en nuestros días otras modalidades, siguen reflejando análogas situaciones de marginalidad y conflicto.

Alicia Maguid

El linghera

Es el bohemio de la ciudad trasladado al campo. El mismo tipo romanesco y belicoso. El mismo hombre, libertario por esencias, de pie al margen de las vías, como el otro de pie al margen de las sanciones burguesas.

Trae al desierto lo que su igual ciudadano trae al trabajo y al arte: nervio, audacia, libertad. Un nuevo valor activo que escandaliza al terrateniente y despierta entre los pobres dormidas notas fraternas, gestos flameantes y actos gentiles. Donde se mete un linghera es como si se metiera una herramienta filuda que cava, rompe y aflora sobre la costra que ciega el alma del paisanaje, las escondidas vertientes de poesía, de bravura, de cordialidad sencilla. Se vuelve el hombre que fue cuando era gaucho.

Y lo mismo que nosotros queremos a los bohemios, empiezan ahora a quer-

er los trabajadores del campo a los lingheras. Ven en ellos la encarnación de sus sueños de vida libre, los perseguidos, igual que en otros tiempos sus héroes, por las policías brutales, los reivindicadores de sus derechos pisoteados por los ricos. Todavía no saben todo, pero ya presienten mucho: que el linghera es un trovador rebelde; algo así como el brazo de Moreira con la garganta de Santos Vega. Un gaucho nuevo, con más arbitrio y más voz; mucho más completo.

Quien haya visto un linghera, ha visto, puede decir; a la mayoría. Porque eso se es por esencia, como se es triste o alegre, artista o santo. El equívoco no cabe, pues qué sería equivocarse a sí mismo. Lingheriar para concluir en peón, capataz o dueño de chacra, sería un fracaso. Y aquí no hablamos de fracasados.

Hablamos de un hombre fuerte, romancesco y belicoso. De un tipo a cuyas espaldas parece que llameara siempre un gran incendio. Es la ciudad, con sus ideas libertarias, sus gestas bravas y sus ensueños gentiles, que le alumbró, le sigue, le guía.

Un pasado de fuego y un porvenir de aventuras. Sobre esto, la melancolía sin término del desierto. Y en medio a todo, de pie, el linghera.

He aquí el hombre que aparece entre los gauchos y sopla sobre sus vidas un viento de rebelión que les alborota el alma y les requinta el chambergo. Les da folletos, periódicos, vacía su “mono” sobre sus recados. Y si no saben leer, les reclama él nuestras prosas con el mismo énfasis con que un bohemio declama versos.

Cumple lo que otros escriben, vive la propaganda que otros propagan.

El linghera es un compañero nuestro, nuestra palabra hecha carne, la Anarquía nuestra vivida al aire y al riesgo. ¡Salud, hermano!

Rodolfo Gonzalez Pacheco
(De Carteles, tomo I: Del entrevero de Ushuaia.
Miscelánea. Ediciones La obra. Buenos Aires. 1956.)

Carlos no aguanta más y se despide con un ¡chau! breve y seco: reanuda la marcha.

El otro croto ya está lejos, ahora parece más alto, su cabeza va a tocar el cielo.

Carlos marcha sin prisa, siente un poco de apetito y también algo de cansancio. Empieza a buscar con la vista un lugar apropiado para acampar. Mañana temprano llegará al poblado. Podría llegar fácil hoy, pero no le agrada la perspectiva de topar con la “maroma”.

No. Es mejor empezar ahora mismo. No seguirá adelante. Temprano cortará pasto y hará un colchón mullido y oloroso. ¡Qué bien dormirá en él! En las bagayeras tiene yerba y azúcar, un pedazo de queso y medio pan de chacra. ¡Todo un banquete!

Tres kilómetros antes de llegar a la estación hay un cementerio. Corre un arroyito que corta un puente, da un rodeo y desemboca en una alcantarilla de las vías internándose en las lejanas sementeras. El lugar es espléndido. Aquí hará su ranchada. La tarde está serena. En la suavidad de sus ondas el viento trae el ruido de los carros poblanos.

Por una calle vecinal un sulki arrastrado por un caballo brioso y trotador levanta una polvareda. Dos campesinas jóvenes y rozagantes vuelven con sus compras. Al pasar frente a Carlos le clavan la mirada sin temor alguno. En su raudo coche se sienten seguras y alegres. La vida canta en ellas su triunfo. Carlos las sigue un rato con la vista y cuando ya están lejos, casi ocultas por la polvareda que flota, el cascabel de una risa sana llega a sus oídos. De un manotón arranca la flor de una biznaga y la desmenuza entre los dedos. Un jugo viscoso y un olor acre le queda largo rato en las manos.

Santa Clara de Buena Vista es un villorrio silencioso y, en medio de todo. Carlos indeciso y arrobado piensa:

-Yo buscaba algo. ¿Qué era? ¿Un hogar, un Ideal, un amigo ... ?

El villorrio seguía en silencio y lejano, el campo silencioso y presente, y las lindas campesinas ¡qué fugaces pasaron y qué lejos están! Sacude la

temiera desaprovechar los instantes inconscientemente apresura el paso.

Caminaba con paso elástico y pronto dejó muy atrás el caserío de Rigbi. Santa Clara de Buena Vista no estaba lejos, llegaría temprano. Buscaría trabajo: le habían hablado de unos desagües y terraplenes; le vendría muy bien ganar unos pesos. Tarareó una canción aprendida de los chacareros piamonteses, a quienes gusta cantar a coro. Alguna vez leyó que en el canto coreado el hombre exterioriza el anhelo ancestral de vivir en una comunidad armoniosa.

Cae la tarde, en los linares cantan las martinetas y un lejano paraíso está incendiado de rojo y es roja la polvareda que levanta un carpiador entre el verde maizal. En la lomada un desmonte empina un poco la perspectiva, allí parecen terminar los rieles. Por el lado opuesto asoma otro croto, surge como de un pozo. Van como a un encuentro. El otro hace un alto; como invitando a un descanso deja en el suelo su gran atado.

-¡Buenos! - saluda.

-Buenos.

Es un hombre delgado de cara angulosa y grandes orejas apantalladas. Carlos contempla el hombre que tiene cara de canalla, pero su porte es audaz.

-¡Tenga cuidado, en Santa Clara está brava la maroma! De noche, no le aconsejo.

-No pienso llegar, voy sin apuros.

-Además ese pueblo no vale nada. Hay que trabajarlo muy bien para sacarle tres pesos y comida. Mire -prosiguió-, en toda esta línea los pueblitos dan poca leche. Uno con otro pueden dar, trabajándolos duros, dos pesos y la comida. Hay algunos que no dan más que el “maranfio” ¡No hay como Firmat o Los Quirquinchos!, y que “enyante” compadre.

Éste era un croto de la rama de los “mangueros”. Su trabajo consiste en pedir chirolas casa por casa. Empiezan y terminan en el día, estableciendo así el valor de los poblados por la cantidad de chirolas que recogen

-Dos pesos ¡Bah! nada, y eso que lo trabajé -se quejan-

Y hacen un derroche verbal de razonamientos convincentes que pocas veces les falla.

Relato croto: La búsqueda

Cuando el carguero arrancó de la estación Gálvez ya tenía el decidido propósito de abandonar aquel tren en la próxima parada. Estaba disgustado consigo mismo y con sus compañeros de viaje.

¡Al diablo! No seguiría más con ellos. Además él, de carácter retraído y actitud ausente, no era el tipo ideal ni apropiado para tomar parte en las alegres charlas de los linyeras.

Le gustaba el silencio y la contemplación; miraba “pasar” los postes telegráficos con poca prisa, altos y flacos, apareados y en carrera los bajos estacones del alambrado que separa las vías de los potreros y las chacras. El concertado jadear de la locomotora lo sumía en una especie de modorra placentera.

... Cinco pesos, poca plata ... cinco pesos, poca plata ...

Y las yuntas ... traca, tra... traca, tra... traca, tra ...

Y en los vogues, la canción de los ejes sobre el negro camino.

El viento levanta una polvareda alocada y juguetona que remolinea un instante para luego cuando el tren pasa, acostarse sobre el acero paralelo como cansada y triste.

Es un día lleno de luz. La locomotora se desliza por los rieles casi sin rozarlos. El vagón se hamaca suavemente y el paisaje parece fugarse y volver a pasar en círculos bailarines.

Una pitada de la locomotora y el ruidoso chocar de cadenas y topes le anuncia que el tren se detendrá en Rigby. Es una población rural de una veintena de casas, rodeada por un círculo inacabable de campos de cultivo y granjas con sus molinos elevándose al pie de las chatas poblaciones o alrededor de las verdes arboledas y los rectos alambrados. Más allá, al horizonte, los campos santafecinos, chacras, chacras, chacras ...

En la playa, la locomotora, desprendida al parecer sin objeto alguno, se entretenía en dar topetazos a varios vagones holgazanes que estaban allí. Los llevaba, los traía, les daba después un brusco empujón con el cual iban a parar lejos, tornaba a traerlos y empujarlos nuevamente.

El cambista corría por la playa, agitaba los brazos con prisa, los alzaba o los abría en cruz, daba palmadas, luego volvía a moverlos con pausa, como en un aleteo.

Aquella absurda tarea precipitó su decisión. Bajó del vagón con su atado, esperó que finalizara la maniobra y cuando la locomotora resoplando ruidosamente reanudó la marcha, él quedó parado en el andén de la estación. Los demás croto que continuaban el viaje lo miraban con asombro.

Les dio la espalda sin despedirse de ellos ni con un gesto. ¡Ni un chau!
¡Nada! ¿Para qué?

Ahora se sintió libre.

En el ambiente de la “huella” nadie averigua. Se llamaba Carlos, pero nadie lo sabía. Para ser croto no se necesitaba tener nombre. Por eso él, que conocía muy bien que en estos grupos anónimos en que se divide el bajo crotismo ya estaba clasificado, pugnaba por salir de aquel cerco que lo ahogaba y al que había sido llevado por un incurable deseo de andar.

Se quedaba pues allí, en aquel pueblucho mísero; tenía ansia de campo libre y un gran deseo de meditar sin estorbos. En compañía de aquellos hombres se sentía más solo que cuando estaba solo; prisionero de aquella paradójica soledad quería evadirse de ella abandonando a sus circunstancias camaradas.

El croto Carlos Ramírez quedaba allí, recuperado, dueño total de sus sueños.

El jefe de estación y el cambista, a distancia, lo contemplaban con una hostilidad sin disimulos.

Se adivinaba en sus gestos la preocupación que su presencia les causaba. Para calmarlos, Carlos, levantó el mono y echandóselo al hombro salió al tranco largo en dirección a Santa Clara de Buena Vista.

Marchaba por las vías, que siempre tuvieron para él una atracción misteriosa. Eran como guión que señala el camino que conduce a una lejana parte donde se une el cielo y la tierra, y él era un impenitente viajero de remotos caminos. De niño había soñado ir por ellos a buscar algo impreciso y vago, pero que se le antojaba necesario a su vida

Marchaba ahora empujado por la invisible fuerza hostil de las miradas sin cordialidad del jefe y los vecinos. Era la dura fuerza maligna que condena sin apelación, que aflora de un clima creado por los dueños del pan, que viene de las comisarías de campaña enrolando a todos en un acoso sin misericordia para el croto ¡todos!, hasta los niños parecen señalarlo.

-¡Ahí va!...es un croto. ¡Echenlé los perros! ¡linyera piojoso! ¡ladrón de gallinas!

Y el croto aplastado a fuerza de oír esta acusación, casi llega él mismo a creerse un delincuente.

Paga el delito de no tener hogar, Huyendo se va....camina...camina

De todos modos, Carlos no está arrepentido de haberse quedado. Ahora ya estaba solo y podría leer sin interrupciones las revistas viejas, mangueadas en una casa rica. Recuerda el caso:

-Señora, por favor, ¿me da unas revistas viejas?

-¡No, señora, comida no! Alguna revista, de esas que ya no le sirven - Sonríe-, ¡gracias!...

Tenía un montón de hogares en la bagayera y si tenía la suerte que los días continúen como ahora, lindos y soleados ¡qué bien la va a pasar leyendo! Ahora sí “siente” la alegre sensación de estar a gusto, y como si